PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE

PSICÓLOGO CLÍNICO

"LA FUNCIÓN DE LA LETRA DESDE LA ESTRUCTURA PSICÓTICA DE LA MELANCOLÍA"

Elaborado por:

JACOB ISAÍAS PAREDES ESTRELLA

Director:

CARLOS TIPÁN

Quito, 2023

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

En honor a aquellos que se sostuvieron en el escrito, pero no les fue suficiente como para brindarles mayor significación a su existencia.

"Todo escritor dirá entonces: loco no puedo, sano no querría, sólo soy siendo neurótico."

(Barthes, 1989)

Agradecimiento

Agradecer a quienes han aportado para a mi desarrollo profesional, personal, y existencial queda en lo poco que podría ofrecerles por tan preciado regalo. Soy a gracia del otro, pues sin este soy la nada…

Quisiese que mi agradecimiento pueda observarse con el fruto de lo que puedo ser capaz de realizar en esta vida para con otros. A penas este trabajo representa un escalón dentro de un abismo que se pretende trepar hasta donde me sea posible.

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN.....5

ABSTRACT.....5

INTRODUCCIÓN.....6

CAPÍTULO I: SOBRE "*LA LETTRE*".....11

1.1 Seminario de "La carta Robada".....11

1.2 La función de la Letra en el sujeto.....15

1.3 Los efectos de la Letra sobre Paul Schreber y Louis Wolfson.....19

CAPÍTULO II: PSICOSIS Y MELANCOLÍA.....28

2.1 Sobre la psicosis desde la teoría psicoanalítica freudiana y lacaniana.....31

2.2 Visión de la estructura psicótica y la forclusión desde autores pos-freudianos/lacanianos.....52

2.3 La melancolía como otra presentación de las psicosis.....58

2.4 Del escrito al acto autolítico.....66

CAPÍTULO III: ¿LA LETRA CUMPLE SU FUNCIÓN DENTRO DE LA MELANCOLÍA?.....73

CONCLUSIONES.....78

BIBLIOGRAFÍA.....81

RESUMEN

La presente investigación teórica con base en la teoría psicoanalítica y lingüística está centrada en el supuesto de la estructura psicótica de la melancólica y cómo la cuestión de la letra, la escritura y su producto, el escrito, se ve inmerso para sostener al sujeto en su agonía, desazón, angustia por la vida. Yendo a sus primeras consideraciones con la filosofía ontológica griega y llegando a la psiquiatría clásica. Prosiguiendo con los postulados de las psicosis y la melancolía de S. Freud y J. Lacan. Incluyendo a autores posfreudianos y poslacanianos que puedan develar esta incógnita. Por último, dando un viraje por la literatura que aborda la reflexión del suicidio desde su visión objetiva, lógica, a su visión subjetiva y vehemente.

ABSTRACT

The present theoretical investigation based on psychoanalytic and linguistic theory is focused on the assumption of the psychotic structure of the melancholic and how the question of the letter, writing and its product, writing, is immersed to support the subject in his agony, despair, anguish for life. Going to the first considerations with the Greek ontological philosophy and reaching classical psychiatry. Continuing with the postulates of psychosis and melancholy by S. Freud and J. Lacan. Including post-freudian and post-lacanian authors who can reveal this mystery, riddle to be unveil. Finally, abording the literature that approach to the reflection of suicide from its objective, logical vision, to its subjective and vehement vision.

INTRODUCCIÓN

La melancolía o la bien conocida dentro de los manuales diagnósticos de trastornos mentales: trastorno depresivo (Psiquiatría, 2014), es una condición que ha adquirido mayor realce desde finales del siglo XX e inicios del actual siglo (XXI). ¿Por qué razón este particular trastorno ahora tiene la atención de la comunidad psicológica, psiquiátrica, y psicoanalista, considerando que dicha perturbación anímica no ha tenido una aparición reciente, al contrario, su existencia nos remonta a siglos anteriores, y en particular con el relato de "Las penas del joven Werther" (Goethe, 1774/2009)? Puede que, con los avances sociales a lo largo de los últimos siglos, la melancolía dejó de ser una cuestión de un dolor emocional por la existencia, sino, de manera contingente, un pasaje al acto, una acción autolítica como solución final a lo irresoluto de dar significación a una vida. Demostrando así una falta por parte de la sociedad para brindar lo necesario (en términos de dignidad) a estos sujetos.

Ahora bien, desde la perspectiva psicoanalítica de Freud con su obra de "Duelo y Melancolía" (Freud, Duelo y melancolía, 1917/2000), la melancolía no solo representaba un trastorno anímico, sino que mostraba una perturbación respecto a la autoconcepción del sujeto. Una percepción alterada que lo posiciona al nivel de un resto, de basura, que no tiene solución, mas el embotamiento le parecería lo aceptable a su condición. He aquí donde se conjetura la posibilidad de que la melancolía sea considerada en la nosología de las estructuras psicóticas (paranoia, esquizofrenia, esquizoafectivo).

¿Dónde entra la tópica de "La Letra" (Lacan, Escritos I y II, 1971/2003) en aras de organizar a la melancolía? La letra, la *lettre* en francés, o *letter* en anglosajón, representa una de las más arcaicas maneras que el sujeto ha desarrollado para alcanzar esa capacidad de expresar su creatividad, imaginación, e historia, a fin de que dicho conocimiento pueda ser compartido por las

generaciones venideras, evitando su desvanecer en el tiempo. Pues si bien aprovecho tal invención, también contrajo con la misma: un acercamiento a lo real y simbólico, a ese mundo exterior e interno que tanto nos asombra y da cuenta de la mera existencia en todo su espectro. Cabe comprender y discernir entre: tanto Escrito vs. Escritura, como también el placer de la escritura y el goce de la escritura.

Por escritura se comprende la acción de plasmar ideas sobre el papel; mientras que el escrito es el resultado de toda esa unión de ideas, con sintaxis y enumeración, es decir, un párrafo, una esquela, una fábula, un cuento, un poema, o un libro. Una vez comprendido esto anterior, ahora habrá que discernir: 1. el placer de la escritura, mismo que implica un sendero en el cual se tiene la capacidad de disfrutar poner con cincel y pluma, fragmentos de lo en ese momento le inspira, le cautiva, encuentra llamativo a transformar en un poema, cuento, o canto (onomatopeya). Al contrario del 2. gozar de la escritura, que hace mención a ese estallido que busca movilizar, mostrar la pérdida, indicar ese fondo imposible de saber.

El escrito otorga la posibilidad ubicar ese universo de ideas sobre un pedazo de papel, piedra, metal, madera. Una prueba fidedigna de cómo ese simbólico actúa en el sujeto, al punto de volverse historia que cuenta mucho y a la vez poco; sobre cómo ese sujeto percibía su alrededor para el tiempo en el que vivía, indicando la crudeza o las maravillas que se mostraban antes sus ojos.

Dicho lo anterior, es así como Lacan con su seminario de “La Carta Robada”, nos presenta ese desarrollo sobre el cual la *lettre* implica en la existencia simbólica del sujeto. Tal cual Edgar Allan Poe (autor del relato “La Carta Robada”) pretende darle su valor a través de un personaje adicional en su relato: la carta robada. Esta esquela es un personaje más que vaga entre el saber de los sujetos, sin que estos últimos tenga un conocimiento certero o absoluto de lo que esta misma

podría contener en su interior. Sin embargo, tan prolija es su intención por descubrirla que no dan cuenta que su presencia está ante sus narices. Algo de ese significante que los moviliza, pero cuya significación parece remota e incluso punitiva al conocimiento. La letra que es sustraída de la articulación simbólica, misma que escapa a la ley que la funda, pero que otorga una referencia a la falta.

La letra, "ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje" (Lacan, 1966/1971, p. 475) es el cuerpo del significante, misma que posiciona al sujeto en los límites con lo simbólico. Yace en el sujeto, sin importar su medio. Buscará mil y un vías para mostrarse. Nada la limita, al punto de que su presentación sea el cuerpo en sí, ya sea en la histeria conversiva, fobia, o la neurosis obsesiva.

Pues bien, a la brevedad, la letra en el sujeto psicótico, parece darle la posibilidad de demostrar ese apego a lo simbólico, no dejando por completo que su imaginario tome control en su vida toda. Donde sus fantasías actúan en el andar del lápiz, mientras el telón de la hoja ocasiona una teatralidad por la cual todo ese odio, miedo, angustia, obtiene su escape para así despejar aquella neblina ideológica que obnubila al sujeto; una pretensión de contrición sobre la cual se comunica ese faltante, ese resto del Nombre del Padre que desea sobrevivir. Pero para que se produzca, la palabra tendrá que incurrir en el campo de los neologismos, ante la posibilidad de un inefable que no resulta ser tan inefable –de acuerdo a su precisa significación.

Por otro lado, en miras del lector, se encontrará con una investigación de completo teórico, pero bajo la microscópica visión de casos estudiados, como los fueron: Paul Schreber (S. Freud), y Louis Wolfson (G. Ramirez), en adición a casos particulares de sujetos melancólicos: se intentará contemplar el sostenimiento o no de dicho sujeto en manos del escrito, teniendo presente que la tasa de actos autolíticos han ido en incremento durante la última década.

Según la OMS, “alrededor de unas 800 mil personas se suicidan cada año” (Unicef, 2017). Estos actos realizados a voluntad contra la persona en sí, representan la segunda causa de fallecimiento en el mundo, entre los que más destacan está el grupo etario juvenil de entre 15 a 29 años. Ahora bien, a nivel nacional y en comparación con el resto del mundo, la tasa de suicidio es relativamente baja, sin embargo, ha tenido leves incrementos (sin igual al descomunal incremento en los años 90s), una ínfima elevación que por mínima sea, es igual de llamativa. Esto último debido a que el fenómeno reporta ser una causa ante los problemas económicos y sociales que el país (y mundo entero) atraviesa, pero que no se da una adecuada intervención o fortalecimiento a dichos grupos vulnerables (adolescentes) (Betancourt, 2008).

Lo particular de la presente condición, es la esquela que algunos sujetos suelen dejar como últimos deseos póstumos. ¿Qué falta en ese discurso que resultó tan tajante, tan silencioso, que impide continuar con la mera existencia? ¿Tal es el delirio de verse como objeto desecho que limita la inmanencia? Hasta el momento continua a modo de hipótesis y cuestión a resolverse. Sin más, esto último es lo que moviliza al autor de dicha disertación a investigar a través de los trabajos psicoanalíticos freudianos y lacanianos como también con obras de lingüistas (Ferdinand De Saussure, Noah Chomsky, y Roland Barthes), vislumbrando el aspecto psicológico, psicoanalista, y psicolingüístico que conlleva lo escrito para el melancólico.

Ahora, este proceso investigativo está dividido en 3 capítulos que desglosaré a continuación: en un primer capítulo se tratará la tópica de la *lettre*, partiendo del seminario de la Carta robada. Luego, en el segundo subcapítulo, se abordará el seminario de la Instancia de la letra en el inconsciente o La razón desde Freud. Continuando por esa misma línea, en un tercer subcapítulo, se retomará la cuestión de la letra a través del trabajo de Freud con el psicótico Paul

Schreber desde la perspectiva lacaniana (Seminario Nº3 de Las Psicosis), y, en adición, a Louis Wolfson (otro psicótico): para traslucir la importante labor que tuvo la letra en su condición.

Para el segundo capítulo, se abordará la cuestión de la psicosis y su concepción histórica, para luego reconducirla al campo psicoanalítico de Freud y Lacan. Pero no limitándose en mencionados autores, en un segundo subcapítulo, se considerará a un autor más contemporáneo: Roberto Mazzuca, a fin de tener mayor afinidad en pulir la condición psicótica. Hecho lo anterior -para contemplar el devenir de la significación de la psicosis-, se pasará al tercer subcapítulo donde se abrirá paso a la melancolía, una estructura psicótica adicional a la nosología, a partir del estudio y entendimiento que Freud le dio con la obra "Duelo y melancolía" (1917/2012). En este mismo camino, se traerá consigo la concepción lingüista-filosófica que existe en torno al suicidio, en su muestra más sutil como lo fue el relato de "Las penas del joven Werther" de Johann Wolfgang von Goethe (1774/1969), y concluyendo con "Filosofía de la redención" de Philipp Mainlander (1876/2011), junto a la inclusión de otros autores relevantes al tema del existencialismo y el suicidio.

En un tercer y último capítulo, habrá de dirimir la hipótesis planteada acerca de la posibilidad o no de que el sujeto melancólico, en ciertos casos, pueda tener de apoyo a la esquela, a modo de diario yoico, cuya función sea mantenerlo con vida en la realidad; que pretenda ofrecerle la capacidad de simbolizar su existencia, en un punto de inflexión entre ser objeto y ser sujeto.

CAPÍTULO I: SOBRE "*LA LETTRE"*

El lenguaje ha sido, desde tiempos arcaicos, la primera manifestación del hombre, es decir un medio por el cual conocer el mundo y tener una pizca de autoconocimiento, así como también la única herramienta que le ha permitido objetivar ese mismo saber del todo. Pero el lenguaje deja de ser sin sus dos componentes esenciales: lengua y habla; significante y significado. Por lo tanto, es una herramienta que nos vuelve seres humanos, pero también sujetos de sociedad.

En particular, nos llama la atención el habla, puesto que esta no tiene nada de colectivo, sino trasluciendo sus matices singulares y momentáneas. Es pertinente mencionar que resulta en el aspecto más abstracto que contempla el lenguaje, obviando el condicionamiento por parte de la sociedad para reglamentar el uso del mismo. Y es aquí que hace su aparición el signo*: "*aquello que evoca en el entendimiento la idea de otra cosa" (Baquero, 1974, p. 34).

La concepción del signo parte con el curso de lingüística general de Saussure (Saussure, 1917/1945) por medio de la fórmula $\frac{Significante}{significado}$, siendo el primero la manifestación de la expresión, y el segundo, su contenido; el signo trata de esa huella psíquica impresa una vez adentrados en la existencia, la cultura, la civilización; una huella que dejan aquellas palabras no pronunciadas, pero que quedarán allí, siendo movilizadas por una u otra vía, sin fin.

1.1 Seminario de "La carta Robada"

A la brevedad, se realizará un resumen de lo que trata el relato de "La carta robada" (obra acuñada de Edgar A. Poe), misma que ofrece a cada lector la posibilidad de comprender, reflexionar, y analizar el real propósito que una simple carta llega a representar en la vida de personajes de diferentes estratos sociales. Pues bien, todo da inicio cuando una carta ya en manos de la reina, es ocultada a la brevedad, a raíz del fortuito ingreso del ministro junto al rey. En lo

audaz, el ministro logra pesquisar lo que la reina intenta ocultar en el apuro. Previa a la salido de ambos, el ministro de inmediato intercambia por una carta falsa y recoge la carta original cuyo destinatario había sido la reina. Hasta ese instante, nadie sabe el contenido real de la carta, nada más que una mera conjetura de lo que posiblemente tenga escrito, gracias a la reacción de la reina.

En una segunda escena, la reina, en su inquietud y agobio, solicita ayuda al jefe de la policía para que pueda encontrar la carta y pueda regresarla a su dueño. Pero informando que tenga cautela, pues el ministro la tiene oculta. La policía inicia su investigación cada que el ministro deja su domicilio; hacen una búsqueda minuciosa hasta en el lugar más recóndito que se podrían imaginar, en un primer intento, pero nada se les muestra ante su ojo detectivesco. Esto consterna al jefe de la policía, por lo que acude a pedir ayuda a su lúcido amigo Dupin, quien acepta a cambio de recibir una suma considerable de la recompensa por la carta. Luego, entre las explicaciones del policía en torno a los métodos de búsqueda, Dupin le señala que se están centrando en indagar los lugares más ocultos en los que ellos podrían haber escondido la carta, sin meterse en la mentalidad del ladrón. El policía ríe y hace caso omiso a la crítica de Dupin.

Los policías nuevamente regresan a rebuscar el hogar del ministro, para no obtener pista alguna. He aquí la tercera escena: el policía, en su frustración, retorna a Dupin para está vez contratarlo, pero el investigador privado le pregunta si el policía tiene la posibilidad de pagarle en ese mismo instante, si tuviese en sus manos la carta. El policía, en su actitud irrisoria, le dice que en ese lugar y momento le entregará el cheque por el valor solicitado. Dicho y hecho, Dupin saca de un cajón la carta que tanta anhelaban encontrar. Con un aire desconcertante e incapacitante, el policía pregunta el lugar donde pudo recuperarla. Se da inicio a la explicación, reiterando que Dupin hizo lo que les había señalado; es decir, ubicarse en la mentalidad del ladrón, lo cual le llevó a vigilar la casa del ministro; ingresar en el momento que el ministro se encontrase allí, y

vislumbrar lo que estuvo en sus narices todo el tiempo, pues tal cual dice el proverbio: no hay mejor lugar para evitar el peligro que en la misma cueva del lobo. Ante la lumbre que producía la fogata de la chimenea, Dupin observa, junto al estante donde colgaban varias cartas: el sello real sobre una carta, la cual, sin vacilar, recoge y la cambia por otra carta en la que Dupin había puesto otro contenido:

> *Un dessein si funeste/S'il n'est digne d'Atree, est digne de Thyeste* (Poe, 1844/1998).
>
> Que se traduce: Tan funesto designio, si no es digno de Atreo, digno, en cambio, es de Tieste.

La referencia proviene del cuento de la tragedia griega "Atreo y Tiestes" del autor Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762), donde el protagonista (Atreo), al enterarse del adulterio cometido por su hermano (Tiestes), opta por tomar venganza de la forma más inesperada y perversa. A través de un banquete, Atreo le ofrece de comer a su hermano un menú donde sus hijos eran el ingrediente principal. Tiestes, al enterrarse, huye horrorizado al ver a sus propios hijos desmembrados y cocinados. Por acto sadista que resulte, el protagonista toma represalia de la manera más audaz, provocando un estado de anonadamiento contra quien con ignomia y oprobio lo despojo del respeto. Y bajo esta misma condición de audacia, Dupin lo aplica contra el ministro.

Dupin le regresa, al ministro, la vivencia de encontrarse en ese juego donde el ganador nunca perderá, pues las reglas están a su favor. La carta fue reemplazada, pero el ministro no se enterará sino hasta que tenga la dignidad de abrir tal sobre. Mientras tanto, respecto a la carta original, continuará de mano en mano, sin que algunos de sus destinarios sepan lo que en realidad haya tenido su contenido. Y respecto a esto anterior, Dupin también se lo da a saber al policía, aunque, en su continua soberbia, éste ignora aquel hecho que, por tan irónico, sea real y nadie

pueda o tenga la capacidad de cambiarlo, pues continuará en ese sin fin de ser reemplazado, perdiendo su verdadero contenido, pero manteniendo algo de ese significante primario.

En relación a lo mencionado en el párrafo anterior: de esto trata la letra en la vida del sujeto; un medio lingüístico que no solo le permite simbolizar su mundo, sino resignificar con constancia; el significado queda relegado, mas no perdido, dando paso a la producción de cadenas significantes. Si alguna vez hubo un significado, ahora ya no lo hay, sino sus subrogados significantes que remiten una y otra vez a otros significantes. Y esto Lacan, en su seminario (Lacan, Escritos I, 1966/1971), lo explica a través del real protagonista del cuento de Poe (la carta hurtada), objeto que circula entre los demás personajes, estableciendo una suerte de mera especulación, mientras la carta continua de receptor en receptor, sin fin.

Además, Lacan, en su análisis en relación a Freud, encuentra el automatismo de repetición o compulsión a la repetición, concepción extraída del texto Recordar, repetir, y reelaborar (1914). Freud habla de esta tendencia a la repetición ante el embotamiento del recuerdo por lo olvidado, diciendo lo siguiente: "…el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa" (Freud, 1914/1991, pp. 151-152). Comprendiendo que el efecto traumático busca ser olvidado, no hace más que encontrar otra vía: el acto per se. A través de la repetición inconsciente: revive el trauma, para luego volverse una costumbre, un hábito. ¿Por qué el sujeto agotaría su vida en la repetición de actos que le produzcan displacer? En principio, parece que la teleología nos trae nuevas cuestiones, pero no es el caso, o, la que con tanto empeño los griegos creyeron, no era un destino en sí; al contrario, el sujeto se empeña en continuar por una vía donde su síntoma es su eje; rige su existencia a modo de mano ubicua, quedando a rienda suelta.

Tal cual no los muestra en ese intercambio que en un inicio hace el ministro, y luego Dupin en su similar accionar, pero quién dice que el policía con la verdadera carta pueda continuar con

ese cambio (...) Lacan precisa en esto al interpretarlo en La carta robada: la compulsión a la repetición aparece al rescate del significado original, pero nunca lo alcanza, lo que hace que sea remitido a la búsqueda por medio de la interminable cadena significante, pues sus sucesivos reemplazos provocaron la pérdida del significado primario, dejando al significante siendo el único ente al que puede remitirse. Es el significante el que ahora determina los actos, las palabras, y el destino de un sujeto sin que de ello esté enterado (García, 2013).

"Detrás de cada significante, se encuentran otros significantes en una cadena interminable. O sea, que lo que remite a un signo sólo puede ser designado por otros significantes" (García, 2013). Lo que lleva a comprender que se hace la interpretación de la interpretación, resultando inalcanzable el texto original; todo lo que es leído y luego se escribe: no es más que una interpretación, por lo tanto, no hay hecho en sí, sino su estado especulativo continuo.

1.2 La función de la Letra en el sujeto

La cuestión de la letra toma partida con el desarrollo intrincado que Lacan le da a partir de su lectura del cuento "La carta robada" de Edgar Allan Poe. En mencionado relato, la carta viene a ser un personaje más, del cual causa tanto fervor, incertidumbre, angustia, por los demás protagonistas que anhelan encontrarla, puesto que dentro de sí oculta un mensaje del cual nada se puede saber, pero su contenido resulta de alta importancia.

Ahora bien, Lacan nos menciona que la letra debe ser tomada tal cual se nos ofrece en su concepción, es decir, "aquel soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje […]" (Lacan, Escritos I, 1966/1971, p. 181). Se comprenderá que el lenguaje viene a ser el soporte, la base fundamental preexistente para el desarrollo de lo escrito y el habla, y al descartar cualquiera de estos mencionados, supone la invalidez de la fórmula, pues uno depende del otro para que se

produzca la reacción. Desde el nombre que se nos otorga, ya de por sí nos tiene inmersos en ese discurso universal; no estamos exentos de terminar atravesados por el lenguaje, ya sea por vía natural, social, o cultural.

A esto es lo que nos remite la letra en sus contantes significantes cuyas imbricaciones no alcanzan un límite, pues siempre buscan remitir o aludir a otros significantes. Para traslucir la proposición, ubiquemos a la poesía en su estructura rítmica, entrelazando palabra tras palabra, dejando a la imaginación del lector la posible significación de lo que el autor pretendía canalizar en tan enmarañados versos. Miremos a continuación un breve fragmento del libro "La vida es un sueño" (Barca, 1635, p. 31) de Pedro Calderón De la Barca:

ESTRELLA	Sabio Tales...
ASTOLFO	Docto Euclides...
ESTRELLA	que entre signos...
ASTOLFO	que entre estrellas...
ESTRELLA	hoy gobiernas...
ASTOLFO	hoy resides...
ESTRELLA	y sus caminos...
ASTOLFO	sus huellas...
ESTRELLA	describes...
ASTOLFO	tasas y mides...
ESTRELLA	deja que en humildes lazos...
ASTOLFO	deja que en tiernos abrazos...
ESTRELLA	yedra dese tronco sea...
ASTOLFO	rendido a tus pies me vea.

Con detenimiento en la breve lectura de este fragmento, uno da cuenta de esos significantes, pues tan amplio es su espectro que el lector interpreta a la brevedad lo que pudo querer hacer mención el autor ante el diálogo de estos personajes. Por un lado, parece ser una alabanza u homenaje a un personaje respetable, pero, por otro lado, también parecen ser palabras dedicadas al amor de una figura paternal. E aquí lo maravilloso y abstracto del lenguaje, y cuyos componentes nos lleva a la metáfora y metonimia: figuras retóricas del pensamiento, de las cuales hacemos uso en cualquier discusión, monólogo e incluso soliloquio que tenemos en el día a día. ¿Prima nuestro sentido figurativo sobre el literal? Como fue mencionado con anterioridad, la cultura y la civilización han ido condicionando el habla, a través de reglas intricadas tanto para la formalización del leguaje cuanto para limitar a lo sujetos de su posibilidad de explayar cuanto pudiesen. La metonimia y la metáfora ingresan para la subversión del sujeto y permitirle bordear esos obstáculos, dando paso a ilimitadas combinaciones entre significantes ("una palabra por otra" (Lacan, Escritos I, 1966/1971, p. 192)), cuyas interpretaciones (significados) fueron y son tan variadas, al punto de volverse adagios burlescos e históricos por su ingenio.

Bajo el velo, con el divagar del mirar, se recapitulo esa letra, pues el hombre desea expresar por tal medio su mayor pesadumbre; la inspiración encuentra en su displacer. ¿Cuál sería su displacer primario, cuyo significante desde su toma de conciencia lo acosó? En este sentido, desde la teoría freudiana y su componente mitológico, traemos consigo a la disputa imaginaria: hijo contra padre por el amor materno; es decir, el complejo de Edipo, ley edípica, o ley de prohibición de la madre, y esto anterior, siempre fue razón para la inconformidad con el padre, con el deseo latente por destronarlo o cometer parricidio, pero con el miedo incesante a la castración (Freud, 1923/1992). Aquí es donde nos adentramos a la concepción de "El Nombre del Padre", un efecto

metafórico significante que concede al infante la posibilidad (en lo primordial) de organizar su mundo a través de la falta, como también el de limitarlo y restringirlo de acciones por entero perversas. Esta falta en el sujeto surge a partir de la muerte del padre (imaginaria y simbólica), pues su fallecer trae consigo ese significante de ley (Lacan & Miller, 1957-1958;1999, p. 150); en otras palabras, es significante del Otro en el Otro, sin el cual no se presentaría esta intensión por suplir incesantemente la falta, la hiancia. Para Lacan, éste es el significante que "otorga autoridad a la ley", no aquel que personifica al padre en sí. Al contrario, es un ente simbólico que viene a anudar los demás significantes, por ende, generando la pregunta ¿qué sucedería ante la inexistencia de esta metáfora en el sujeto? Esta misma cuestión es la que Lacan la planteó en relación a la psicosis, puesto que el sujeto psicótico carece de esta posibilidad de anudar sus demás significantes, dando paso así a una interminable producción de significantes que no logran coincidir con el significado, por consiguiente, su significación tampoco termina por realizarse. Última proposición que da cuenta de lo incesante e insistente, por parte del sujeto psicótico, con sus neologismos, ya que en sus significantes falta aquello que pueda fundarlo a una significación.

El "Nombre del Padre" resulta ser aquel significante fundador, y este mismo, en el neurótico, es posible encontrarlo en su maquinación literaria; se presenta una suerte de la paternidad, ya sea en: queja; adoración; exigencia; amor, u odio; y desdén. Kafka lo demostraba sin tener plena consciencia de ello a través de su libro la "Metamorfosis" o "Carta al padre"; Dostoievski tampoco se queda al último, con "Crimen y Castigo" daba paso a la exploración de una imagen paterna que anhelaba, pues en su realidad su padre no fue más que un déspota médico despreocupado de su progenie; e incluso el filósofo alemán Arthur Schopenhauer ponía en evidencia el amor a su padre trasponiendo el odio hacia su madre por no dar homenaje ni respeto a lo éste representó, y he ahí también la causa para su misoginia.

La metáfora moviliza a la falta, pues intercambia con constancia sus significantes; es imposible que un solo significante pueda abastecer y tenga plena significación, por ende, el sujeto siempre estará en el requerimiento de varios significantes que puedan rellenar de manera artificial la hiancia de la que no puede escapar. Esto anterior me conmueve a incluir un fragmento filosófico que gira alrededor de la tan usada frase de René Descartes: "*cogito ergo sum"*, que se traduce en "pienso, luego existo". Lo particular de tal, pone en cuestión al ser, puesto que implica el ser cuando se piensa, y si deja de pensar ya no es. A esto se incluye el cuestionar de Lacan al establecer lo siguiente: "no soy, allí donde soy el juguete de mi pensamiento; pienso en lo que soy, allí donde no pienso pensar" (Lacan, Escritos I, 1966/1971, p. 201). Un razonamiento lógico interesante que permite entrever al lenguaje, ante nuestras narices, siendo la función cognitiva que rige y atraviesa nuestro cuerpo al punto ser dominados, perdiendo la sensación última de control; ahogando al Narciso de nuestros adentros frente a una verdad inconcebible.

Promulgar la significación a la existencia, de eso trata la letra, y cuya función posibilita el simbolizar el mundo que cada uno concibe, pero si la letra, la escritura de goce (Barthes, 1989), no permite la existencia de la constante falta, es allí donde el sujeto da paso a la construcción delirante y alucinatoria; sin la búsqueda por el significante que pueda cubrir la falta, no queda más opción que crear a partir del imaginario de la persona en sí (delirio de grandeza). Es por eso que Lacan establece que la etiología, la génesis de la psicosis no es genético sino tiene su vinculación al lenguaje en sí.

1.3 Los efectos de la Letra sobre Paul Schreber y Louis Wolfson

Paul Schereber

En las “Memorias de un enfermo de nervios”, da la oportunidad, a quienes han dedicado su vida profesional al estudio de la psicogénesis, para entrever la facultad de racionalidad que aún busca no ser abolida en la psique del sujeto psicótico; en la psicosis, dentro del sujeto, todavía permanece un resto de su intelección para consigo mismo, sus seres queridos, y la sociedad; es decir, un fragmento que no es por completo subyugado por el Yo ante la construcción de una inédita realidad.

El presidente Daniel Paul Schreber nos lo va demostrando a lo largo de su relato (Schereber, 1902/1999), si bien en un inicio, en su estadia (en Leipzig) bajo el cuidado del Dr. Flechsig, comprende una serie de síntomas que apuntaban al trastorno hipocondriaco, aunque con el tiempo la hipocondría se agravó, adquiriendo los matices de la demencia paranoide. Para entonces, el presidente de la suprema corte relata sus primeros delirios y alucinaciones, mismos que los concibe increíbles pero verosímiles (comunicación con Dios; y su emasculación). En el tiempo de su segunda enfermada (durante su estancia en el hospital de Sonnestein), la condición psicótica se organiza para darle mayor sentido y hacerle comprender al sujeto que sus pensamientos no son tan descabellados, sino que apuntan a una deidad que busca de sí mismo (la ordenanza de volverse la mujer de Dios que va a engendrar a una nueva generación scheberiana) una intervención, un accionar en respuesta a la inconformidad de los sucesos externos.

El delirio y la alucinación se han arraigado en la psique, y su desestructuración será una ardua tarea para el psiquiatra a cargo. Sin embargo, el acto de escribir le otorga al presidente la posibilidad de plasmar la inmensidad de ocurrencias en torno al delirio y sus alucinaciones; la hoja se vuelve a manera de diario yoico, pues logra ubicar en un objeto: sus miedos, arrebatos, angustias, y su racionalización de aquellos sentires excéntricos. ¿Por qué de la escritura sobre una hoja de papel vendría a solucionar la incapacidad de un sujeto enfermo para retornar al mundo que

los neuróticos comparten? Comencemos con el principio planteado en el subcapítulo anterior: el psicótico es incapaz de simbolizar. En el *dementia praecox* (para Kraepelin) o psicosis, el significante circula, pero nada asegura que pueda alcanzar la significación, es así que Lacan en su seminario de Las Psicosis (Lacan, 1955-1956/2009), trae consigo el término freudiano de la *verwerfung* o forclusión, donde postula: lo que vuelve a lo real es forcluido en lo simbólico.

Lo que refiere a que lo percibido del mundo exterior ingresa, pero en la psique no logra alcanzar su simbolización, su significación, y permanece en una desbandada significante ilimitada que remite constantemente a otros significantes. Ahora bien, para que esto anterior tenga efecto, debemos retornar a la fase edípica, donde la operación triárquica: madre, hijo y padre, tiene un decurso, y en el cual, si uno de sus componentes falla, el infante demostrará las consecuencias: ya sea en una neurosis, perversión, o en la psicosis (nos centraremos en esta última posibilidad de estructura).

En el Seminario 5 de Lacan, en especificidad con el apartado de Los Tres Tiempos del Edipo (Lacan, 1957-1958/2010), ubica 3 tiempos por los cuales debe transitar el infante para alcanzar su estructuración de sujeto en la cultura:

1er Tiempo lógico: La madre se encuentra en completo apego al niño, mismo que se encuentra en el juego de ser o no ser el objeto de deseo (falo) materno, pero en socorro del niño (de caer en las fauces del deseo materno), el padre velado o simbólico (Nombre-del-Padre) entra en escena. La metáfora paterna será ejecutada en tanto la primacía del falo ya está instaurada debido a la existencia del símbolo en el discurso y la ley (Lacan & Miller, 1957-1958;1999).

2do Tiempo lógico: El padre ingresa en el plano de lo imaginario como privador de la madre y el infante. La ley del padre es concebida imaginariamente por el niño como despojador de la madre, mientras que el niño es desprendido del objeto de identificación y se lo adentra a la

ley (Lacan & Miller, 1957-1958;1999, p. 189). El padre todopoderoso cumplirá con la ley, para el niño será: no al coito con la madre, mientras que para la madre: él no será objeto de tu deseo; es en el padre donde se sostiene la ley de interdicción. No culminando con la ley de interdicción, este padre imaginario también brindará la posibilidad de constitución del ideal del Yo para este niño; el niño regresará a ver al padre como nuevo objeto de identificación, una figura de agresividad, idealización, y ambivalencia de sentimientos, bajo el régimen del complejo de castración.

3er Tiempo lógico: En esta etapa se verá la aparición del padre real, quien se presenta como aquel quien posee el falo, mas no que lo es, y es capaz de darle a la madre lo que desea porque lo tiene (a pesar de que no la complace del todo). Ahora bien, para salir del complejo edípico, el niño ha de identificarse con este padre real en la medida que este tiene el falo, por ende, esta identificación fortalecerá a la formación del ideal del Yo; es decir, "se trata para el niño de identificarse con este padre como poseedor del pene (…)" (Lacan & Miller, 1957-1958;1999, p. 202). En concreto, durante este tiempo, el niño logra identificarse con el padre real como el poseedor del pene, con este figura viril y potente. Además, será quien asuma la operación castradora (Lacan, 1956-1957/2008).

Ante el breve resumen de los tiempos lógicos del Edipo, proseguimos a hacer mención, en concreto sobre la psicosis, que el efecto metafórico del Nombre del Padre tiene gran importancia en aquella operación triárquica, pues, sin éste el sujeto se verá bajo el manto del deseo materno, imposibilitando su desarrollo en sujeto semblante del falo. El Nombre del Padre ingresa en la represión originaria de contracatexia, coartando al infante de ser el falo para la madre (Dor, 1985/2013).

Retornando con el caso del presidente Schereber, Freud hace sus minucias sobre cuáles otras causas hubo detrás de su repentina degeneración psicológica. Sabemos que previo a su

enfermar, el padre (Daniel Gottlieb Schereber) y hermano mayor (Gustav, quien había cometido suicidio) del presidente habían fallecido, ambas figuras de amor y veneración cuyo deceso inesperado trajo momentos lúgubres. Se desconoce el modo de operación de este padre y la relación de cercanía del hermano mayor del presidente, sin embargo, Freud comprende que ambos eran de alta estima para Schereber, pues luego aparecerán en su delirio y construcción alucinatoria. Respecto del padre, en base a ciertas revistas, fue una persona caritativa, en tanto con pacientes de un bajo nivel socioeconómico, y colaborando en un hospital para la rehabilitación donde se encontraban estos mismos (Freud, 1910-1911/1991).

El presidente de la Suprema Corte, parece en un inicio ser aliviado de sus síntomas hipocondriacos por intervención del Dr. Daniel Theodore Flechsig, a quien de continuo le agradece, pero manteniendo un aire de resquemor (Schereber, 1902/1999), puesto que durante el tratamiento, se presentan las ideas delirantes en torno al almicidio configurado al trabajo con su "consejero" (Dr. Flechsig), mismas que hacen al señor consejero el asesino del alma. En el ulterior desarrollo, se comprende que esto deviene del efecto transferencial que se situó en la relación entre Schereber y Flechsig (Capo, 2006), investiendo a este último con cargas de amor y odio, en tanto amor por representar una figura paterna ya fallecida, y odio por desfigurar su imagen, superponiendo al de un almicida. Por tal razón, Schereber habla del Dr. Flechsig siendo un hombre honorable y, a la vez, por medio de eufemismos, de un ser perseguidor. Tiempo después, la representación paterna será intercambiada por la de Dios que ya tiene más intervención en su pugna por la emasculación.

La lectura del relato del presidente de la corte, hace entrever la falta metafórica a lo largo de su texto, en contraparte, todo lo escrito pretende ser leído a manera de hecho irrefutable. E

inclusive, el vulgo, si dedicara tiempo en la lectura de tal obra, no podrá más que darle una interpretación teológica.

Lacan en el seminario 5, sobre "La forclusión del Nombre Del Padre", nos dice:

> (…) la dimensión del Otro, al ser el lugar del depósito, el tesoro del significante, supone, para que pueda ejercer plenamente su función de Otro, que también tenga el significante del Otro en cuanto Otro. El Otro tiene, él también, más allá de él, a este Otro capaz de dar fundamento a la ley (Lacan, 1957-1958/2010, p. 159).

Es posible conjeturar que tanto madre como padre del presidente Schereber, en el tiempo lógico del Edipo, no lograron delimitar al niño e introducirlo por completo a la ley: la madre no otorgó suficiente valor al nombrar al padre, mientras que el padre no coartó con mano de hierro a su hijo de verse inmerso en el deseo incestuoso. Y con esto anterior, no pretendo acusar solamente al padre real, puesto que la madre es quien también interviene en la separación y brindarle al padre (simbólico, real, e imaginario) su semblante de ley.

La muerte del padre, y el ascenso de la madre a ocupar una posición de *matriarca* (Capo, 2006) en el hogar del presidente Schereber, de inmediato hace que el cimiento endeble del Nombre Del Padre, decaiga, y se presente el incesante intento por transformar una realidad insoportable. Es allí donde el escrito aparece a modo de salvador, que, si bien no permite la entrada del carácter metafórico, abre puertas para que el sujeto pueda evocar a aquel padre muerto velado bajo la imagen de deidad. A parte de su intento por mantener viva la imagen del padre, por medio de la escritura, procuró la conciencia de su enfermedad, y esta será la razón para publicar su libro y para que su particular vivencia sea de estudio psiquiátrico.

A pesar de plasmar sus delirios y alucinaciones verbales en una hoja de papel, no le fue suficiente para valerse de tal, deslizándose al abismo de sus neologismos; reemplazando su vacío

por una metáfora delirante que lo pugnaba entre su eviración, homosexualidad, e intentos autolíticos. Pero que, en su segunda enfermedad, cedió a esa feminización para concebir una nueva generación con su dios. Al final quedó atrapado por su delirio.

Schereber no fue el único en su intento por prevalecer a través del escrito, sino que hubo otros casos de psicóticos asimismo estudiados: James Joyce (J. Lacan) y Louis Wolfson (G. Ramírez). En la presente investigación se utilizará este último autor para denotar, una vez más, la función de la letra en la existencia.

Louis Wolfson

Louis Wolfson es un autor de origen estadounidense quien se dedicó al estudio de lenguas extrajeras. Primogénito de padres divorciados, Wolfson desde corta edad (4 años), tuvo una relación distante con su padre: encuentros fugaces a lo largo de su vida, por lo que se vio constantemente bajo el yugo de su madre. Aquella relación materna fue sofocante, razón que motivo al sujeto a crear un procedimiento de anulación de su lengua materna y de permanente sustitución con lenguas extranjeras. Su primera obra y la cual vislumbra su condición psicótica es: *Le schizo et les langues* de 1970 (Ramírez, 2011).

En la mencionada obra (Wolfson, 1970), Wolfson relata algunas de sus vivencias siempre en relación a la presencia de su madre y los internamientos en psiquiátricos por orden de ella. El papel de la madre, tal cual se mencionó en el anterior párrafo, fue definitivo para el sujeto. La madre era quien tomaba las decisiones sobre su internamiento o no. En este punto no demora para tal proceso, pues de inmediato ingresa al psiquiátrico, y esto le supone a Wolfson un resentimiento permanente.

Una vez internado, se le diagnostica con esquizofrenia, término cuya etimología busca y encuentra que viene del griego y significa espíritu escindido. A lo largo de su instancia en la

institución, describe el tratamiento por electro shock que lo dejaba inconsciente entre 10 a 30 min. No obstante, a pesar de su actitud sumisa y colaboradora, no cree en la medicina y a las enfermeras las piensa gozadoras de su sufrimiento.

El estudio de las lenguas: germánica, semítica (yiddish), eslava, de romance (francés), le ofrecen a Wolfson un intento de escape con el objetivo de ubicar un sentido a la falta primordial que le ocasionó la salida del padre desde tan corta edad. Tanto la mirada de la madre como su voz le son insoportables, dando paso a la búsqueda de una lengua extranjera que no le recuerde nada de aquella figura materna; "es una forma de cortar con el imperativo del goce de ella" (Ramírez, 2011, p. 4). Ahora bien, el interés por estas lenguas era por su particular fonología la cual llegaba a asemejarse (homofonía), con excepción al ruso.

Era de su gusto descomponer vocales y consonantes para luego reorganizar y crear nuevas palabras, pero no necesariamente en sentido, sino en sonido. Al plasmarlo sobre la hoja, parece que hacia sus adentros surgía el momento sosegador de no encontrar nada de su madre, mientras evocaba algo del significante primordial que tanto le faltó y anhelaba para no caer en negruzco vacío. La metáfora delirante toma partida cuando el sujeto se obsesiona con su deseo por remitirse a sonidos de lenguas ajenas.

Se presentan matices ligeros de los dos casos comentados: con Scheberer hay la búsqueda de la mirada de aprobación paterna, en Wolfson esta condición del delirio girará en torno a la voz que pueda proferir el Nombre Del Padre. La letra en un inicio, permite a ambos sujetos organizar: sus síntomas; historia; deseos; y razonamientos alrededor del delirio, sin embargo, Scheberer, en su segunda enfermedad, cede a la metáfora delirante que se arraiga en su deseo por no dejar morir a la imagen de su padre. En este mismo sentido, Wolfson queda embotado en la búsqueda de

sonidos que le ofrezcan un fragmento de su deseo, pero no queda bajo el umbral de la metáfora delirante, la letra soportará su existencia.

CAPÍTULO II: PSICOSIS Y MELANCOLÍA

Breve historia de la psicosis en el campo psiquiátrico

La psicosis o "locura" tiene una larga, mutable, e interesante historia, puesto que siempre fue tema de investigación desde los arcaicos tiempos de Hipócrates. Su presentación tan variable, sorprendente, incomprensible, e incurable, causaba miedo y repudio en la sociedad de antaño, por lo que su presencia fue excluida en asilos, auspicios, y centros psiquiátricos hasta finales del siglo XVIII, pero es a partir del posterior siglo (XIX) que se empiezan a realizar cambios en torno a su clasificación, diagnóstico, pronóstico, y tratamiento (Fuente, 1997/2015).

Comienza con la aparición de la obra "Psicopatología General" de Jaspers (1913), que se da inicio a la investigación psiquiátrica de las enfermedades mentales, aunque en un inicio dentro del orden mecanicista (psicología fisiológica de Wundt, localizacionismo de Wernicke, etc). Pero, previo a esta obra de Jaspers, existen 3 exponentes que contribuyeron al estudio y desmantelamiento del dogma de la psicosis, entre ellos están: Karl Kahlbaum, Emil Kraepelin, y Eugen Bleuler (Ibarra, 2012). Kahlbaum contribuye con su método clínico-nosológico con el cual plantea la distinción entre las psicosis de génesis cerebral primaria o idiopática (espontánea y no derivada de otra enfermedad), y las psicosis de determinación extracerebral o simpática (causada por una enfermedad que reacciona a distancia o de manera indirecta sobre el cerebro). También recoge los datos para dos tipos de psicosis: la hebefrenia siendo ésta un tipo de psicosis cuya eclosión se produce en la pubertad y tiene la aparición sucesiva o alternante de la melancolía, manía y confusión, para luego finalizar en un estado de debilitamiento psíquico; y la catatonía, la cual define como:

> una afección cerebral de evolución alternante y cíclica, en la cual la sintomalogía psíquica adopta sucesivamente la forma de la melancolía, de la manía, del estupor,

> de la confusión, y finalmente de la estupidez; no obstante, pueden faltar uno o varios de esos cuadros de estado; en la esfera del sistema nervioso motor los fenómenos tienen el carácter general del espasmo, pareciendo ser los síntomas esenciales al lado de los síntomas psíquicos (Kahlbaum, 1987, pp. 361-439).

Con Emil Kraepelin se dio inicio a la realización de un sistema clasificatorio, es así como se presentó sus ocho ediciones sucesivas dedicadas a las enfermedades mentales: modificando, reagrupando, y completando cada una, de acuerdo a sus criterios y obtenidas, en particular, de sus coetáneos franceses y alemanes. Para Kraepelin, la enfermedad mental se individualiza y evoluciona, por lo que, para la elaboración de un adecuado diagnóstico, sólo la evolución puede confirmar y fundamentar tal. Pero allí no termina, pues éste psiquiatra es el autor de la *dementia preacox*, enfermedad donde engloba los estados degenerativos marcados en la vida afectiva y de la voluntad, y que evoluciona hacia una disgregación completa de la personalidad (esto le da el carácter demencial). Como la afección, en lo habitual, comienza antes de la vida (en el periodo de la juventud), a Kraepelin le resulta adecuado nombrarla "demencia precoz". Por objeción e intervención de un colega, lo cambia a "disfrenia" (Ibarra, 2012).

Tiempo después amplía el cuadro de la demencia precoz y aumenta el número de formas clínicas: hebefrénica, catatónica, paranoide o delirante, depresivas, pseudoperiódicas, y demenciales. Luego separa de la demencia precoz a un limitado grupo que no presentan síntomas similares, puesto que la homeóstasis psíquica y la pérdida de la facultad intelectual no se ven del todo afectados; además, tienen su presentación al comienzo de la vida media. En este nuevo grupo denominado "parafrenias", distingue 4 variedades: sistemática, expansiva, confabulatoria, y fantástica (Kraepelin, 1971).

En 1911, Eugene Bleuler introduce el término “esquizofrenia” en contra parte de la demencia precoz, a través de su obra “Demencia Precoz o El grupo de las Esquizofrenias”. Para tal determinación, Bleuler tuvo influencia de Carl G. Jung, puesto que este último había mostrado interés en los trastornos por las asociaciones, lo cual le permite poner de relieve a la escisión (spaltung) como trastorno fundamental de la esquizofrenia (Ibarra, 2012). Bleuler define la enfermerda de la siguiente manera:

> Con el término “demencia precoz” o “esquizofrenia” designamos a un grupo de psicosis cuyo curso es a veces crónico, y a veces está marcado por ataques intermitentes, y que puede detenerse o retroceder en cualquier etapa, pero que no permite una completa **restitutio ad integrum**. La enfermedad se caracteriza por un tipo específico de alteración del pensamiento, los sentimientos y la relación con el mundo exterior, que en ninguna otra parte aparece bajo esta forma particular (Bleuler, Demencia precoz. El grupo de las esquizofrenias, 1960).

Con frecuencia, el proceso de asociación labora con fragmentos de ideas y conceptos, lo que da por resultado asociaciones extrañas e ininteligibles. El pensar se obstruye en medio de la elaboración de pensamientos, o en otras ocasiones cesa su actividad por momentos. Luego de un lapso de tiempo, en lugar de proseguir con el proceso de cognición, medran nuevas ideas que ni el mismo paciente ni el observador pueden relacionar con la anterior intelección del pensamiento.

Bleuler señala que la enfermedad se presenta en grados y matices diversos, yendo desde lo patológico a lo normal. Esto anterior le permite describir los síntomas fundamentales: la perturbación de la asociación (ideas o conceptos inconexos, o insuficientes con la idea principal); trastorno de la afectividad (crónica desaparición de las emociones; presencia de la paratimia); ambivalencia (sentimientos de agrado y desagrado simultáneamente, y el síntoma más común aún

en los casos más leves); y el autismo (desapego de la realidad, y focalización en el mundo propio del paciente) (Ibarra, 2012).

En la obra Psicopatología General (1913), Karl Jaspers mantiene su esfuerzo por traslucir que el desarrollo y proceso delirante corresponden a la "relaciones de comprensión", donde las ideas delirantes se vinculan a las vicisitudes y tribulaciones en la existencia del enfermo y su historia vital (Galende, 2003). Al igual que Bleuler, a partir de la paranoia, dieron cuenta de que en la anamnesis del enfermo hay la presencia de eventos desafortunados, cuya eventualidad sensitiva no fue del todo tolerable, por ende, habiendo una ruptura con en el mundo externo, para, eventualmente, organizar uno nuevo en el psiquismo y el soma. En términos de Freud se expresaría en el *autoerotismo*.

2.1 Sobre la psicosis desde la teoría psicoanalítica freudiana y lacaniana

Freudiano

En el texto de "La interpretación de los Sueños" (1900), Freud ya hace una aproximación a la cuestión de la psicosis al anudarlo con el sueño y su cumplimiento de los deseos a través del mismo. Al hablar del aparato psíquico durante el sueño, se reconoce un terreno inundado de un imaginario ambiguo que hace entrever una serie de escenas surrealistas donde las pulsiones salen a flote y se les concede o no el cumplimiento a tales fantasías. No obstante, esto anterior sería el adecuado recorrido que el proceso onírico cumpliría. ¿Qué sucedería en el aparato psíquico del psicótico? En las psicosis, en lugar que los impulsos fluyan para su encuentro en el sueño, se evidencia que el funcionamiento primario e infantil, en vez de aguardar todo lo percibido del mundo exterior, carga al sistema perceptivo desde la marcha a un estado regresivo introspectivo: esta sobrecarga conllevaría a la creación alucinatoria (Szpilka, 1983). La alucinación promueve la

destrucción del deseo; es decir, si el efecto alucinatorio pone ante la percepción el imaginario del objeto deseado, ya se habrá cumplido el anhelo, por ende, el deseo mismo pierde su razón de ser. En el neurótico, el deseo insiste por su causa y desaparece en tanto objeto, de allí que su queja englobe lo inalcanzable de su deseo, y una vez que lo obtiene, meramente advierte la desilusión de un objeto que no es y no será.

En "Neuropsicosis de defensa", Freud explaya su teorización de la trayectoria de los síntomas ante lo inconciliable. Tanto en la histeria como en obsesiones y fobias, existe el intento por desvincular la carga de afecto de la representación inconciliable, no obstante, por un lado, la histeria, toma un camino diferente: lo inconciliable y penoso se presenta al yo, pero ante la incapacidad de confianza en sí mismo, le sobreviene el efecto defensivo del olvido sin que tenga su pleno cumplimiento, pero tal es la carga de afecto de la representación que, al no encontrar resolución, esta misma encuentra la inervación motriz (conversión) o sensación alucinatoria (psicosis). Por otro lado, el camino que recorre la obsesión y la fobia remite al esfuerzo del sujeto por separar la representación de su afecto, y al cumplirlo, el afecto queda sumido en el ámbito psíquico: "(…) liberado, se adhiere a otras representaciones, en sí no inconciliables, que en virtud de este <<enlace falso>> devienen representaciones obsesivas" (Freud, 1894/1991, p. 53). Ahora bien, hasta el momento se reconoce que, en ambos tipos de neurosis, la representación inconciliable queda todavía en la conciencia, está allí sin encontrar su encause, pero ¿qué sucedería si el esfuerzo se redirige a denegar la representación por insoportable? Freud, en el mismo texto, la ubica como una "modalidad defensiva mucho más enérgica y existosa", a razón de permitir al sujeto no vivenciar aquel malestar, sino confundiéndolo por medio de la fantasía reiterativa de su deseo nunca alcanzado en la realidad objetiva. "El yo se arranca de la representación insoportable, pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva" (Freud,

1894/1991, p. 60), si bien promueve el evitar hacerle frente a la representación que adviene insoportable –se mantiene bajo este término, pues existe una notable diferenciación entre lo inconciliable e insoportable–, le sigue la alucinación que irrumpe para mantener la representación bajo el afecto deseado, y las veces que se impida mantener este beatífico sueño, le surgirá la rabia. Sobre la confusión alucinatoria, Freud llamará la atención en que: "Consiste justamente en realzar aquella representación que estuvo amenazada por la ocasión a raíz de la cual sobrevino la enfermedad. Así, es lícito decir que el yo se ha defendido de la representación insoportable mediante el refugio en la psicosis (…)" (Freud, 1894/1991, p. 60). Ya con este texto Freud da un primer paso al planteamiento del mecanismo de la psicosis.

Años después, con la interpretación del escrito de Schreber (Freud, 1910-1911/1991), hay más desarrollo en el campo inexplorado, tenebroso, y poco teorizado (para el siglo XX) de la psicosis en sí, por parte de Freud. Entra en juego la teoría del narcisismo y las pulsiones sexuales humanas, pero encontrando su diferenciar en el modo de enfermar del sujeto. De principio, tanto en neurosis como psicosis, se encuentran motivos sexuales ligados al particular enfrentamiento durante la encrucijada edípica (sin negar su valiosa importancia para el ulterior desarrollo del sujeto –aclarado por Freud–). En esto último luego entrará las denominadas *verneinung* (denegar) y *verleugnung* (desmentir).

Prosiguiendo, la condición más problemática que Freud encontrará no solo en Paul Schreber sino en otros pacientes paranoicos, es la confrontación contra la homosexualidad. Esta inclinación sexual que causaría la regresión libidinal, hablaría de un retorno al autoerotismo, a fin de evitar la pulsión homosexual y el temor a la castración; Schreber lo comunica con la siguiente frase: "qué lindo sería ser una mujer en el coito", frase que Freud establece ser decisiva para su segunda enfermedad (Freud, 1910-1911/1991). Si se detiene un momento, de preferencia sea para

cuestionar el "retorno al narcisismo", puesto que su regreso promueve el vínculo homosexual. Sabemos por la teoría narcisista que, si el sujeto se ubica a sí mismo como objeto de amor, entonces se verá inducido a buscar un otro que represente lo que él es y así amarlo; en otras palabras, buscarse a sí mismo, tal cual le sucedió a Narciso al enamorarse de su reflejo sobre el agua. Retornando al caso del presidente de la suprema corte: igual lo complica, ya que desea amar a alguien análogo a él, pero, se coloca en una posición femenina del amor del otro; en suma, se ama a sí mismo, pero visualizándose mujer.

La ambigüedad del modus operandi de la defensa contra la homosexualidad ya está, pero ¿de qué otros elementos se logra valer el enfermo? Freud demostrará que la proyección, la negación, y la racionalización contribuyen a que el sujeto no quede del todo abolido por su delirio y alucinación. No obstante, estos mecanismos defensivos no son particulares de la psicosis, sino que se los puede evidenciar en las neurosis.

El impase parece evidente, hasta el momento en que Freud, en su habilidad lingüística, vislumbra algo particular en el discurso contradictorio del psicótico, a partir del fragmento "*yo lo amo (a un varón)*". Se presentan tres variedades de contradicción:

a) Durante el delirio de persecución, se denota un cambio en el verbo ("yo no lo *amo* – pues yo lo *odio*"), y que resulta en no-consciente para el enfermo. "El mecanismo de la formación de síntoma en la paranoia exige que la percepción interna, el sentimiento, sea sustituido por una percepción de afuera" (Freud, 1910-1911/1991, p. 59). Esta sustitución de la percepción deviene a causa de la proyección, pues si el otro perseguidor le odia, entonces le es permitido y justificado odiarle.
b) En la erotomanía cambia, pues se centra ahora en el objeto: "yo no *lo* amo – pues yo *la* amo (porque ella me ama)". No se instala a partir de la percepción interna del amar, al

contrario, resultando en *ser amado*, proveniente del afuera. En este caso no evidencia el desconocer; se mantiene consciente, pues no resulta tan inconciliable y contradictorio, como lo sería el cambio de verbos: entre amar y odiar.

c) El delirio por celos presenta una contradicción en el sujeto: "no yo amo al varón – es ella quien lo ama" (para el hombre), y "no yo amo a la mujer – es él quien la ama" (para la mujer). En ambos casos, los sujetos en cuestión sospechan que su pareja los pueda estar engañando con el género apuesto a los que ellos están tentados de amar. La contradicción salta, a pesar de que el mecanismo de la proyección se pierde; más bien hay una condición de desfiguramiento introspectiva que limita al sujeto celotípico para amar a su amada/o, sino odiando, mientras brinda su amor a otra/o.

d) Una última variedad se acepta, es la del delirio de grandeza, misma que predica otra contradicción a considerar: "yo no me amo en absoluto, y no amo a nadie". Es evidente la sobrestimación del yo a través de esta frase (Freud, 1910-1911/1991).

Establecidas estas contradicciones, se ofrece la creencia que el núcleo del conflicto, ese que desencadena al delirio, es nada menos que la fantasía homosexual, vista ya a partir de la frase central "yo lo amo a él". El mecanismo de proyección que se logra dilucidar con ello, no queda allí, puesto que también denotan las características de la represión tal cual y el retorno de lo reprimido. Sí, todavía siguen siendo mecanismos esenciales en las neurosis, pero Freud cuestiona si posiblemente existió una represión primaria. Sabemos que el psicótico tiene una fijación en el estadio del narcisismo primario (infantil) (Freud, 1914/1992); la represión secundaria implica un retiro total de la carga del objeto y abandono del mismo (sepultamiento del complejo edípico y apertura al desarrollo del narcisismo secundario); y que el retorno de lo reprimido lo hace con la proyección y la racionalización (Szpilka, 1983).

Continua el enfoque en el retiro mayor o menor de las cargas libidinales. Es entonces que Freud conjetura que el enfermo quita estas mismas cargas del mundo y el social que lo rodea, para luego resultarle indiferente, a consecuencia de la proyección del derrumbamiento interno, y la progresiva deformación del mundo objetivo exterior; ese mundo subjetivo concluye por el retiro de las cargas de amor que hubieron de estar allí en su momento, permitiendo el desarrollo del delirio para la reconstrucción y afirmación "lógica" de la nueva edificación.

Acordando con Freud, es veraz tomar en cuenta que el retiro de la libido del mundo y las personas, no provoca un estado patológico repentino. Si bien esa libido es retirada, ahora por consecuencia queda libre en la psique, pero al no encontrar encauce, produce tensión. Por consiguiente, es pertinente cogitar lo siguiente: "No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado adentro retorna desde afuera" (Freud, 1910-1911/1991, p. 66). Con esto partimos al supuesto de que el objeto abolido internamente, regresa desde afuera; no hay una proyección de lo suprimido, cuando en el interior ya no está. Y este retorno, por lo común, aparece especialmente en forma de alucinación.

Para el estudio posterior, y continuar con las psicosis y las neurosis, Freud primero hace su desarrollo teórico acerca del Yo y sus vasallos (SuperYó, Ello, y el Mundo Exterior), para de esa manera explicar las instancias psíquicas a las cuales se enfrenta constantemente el Yo (contra sus otros amos). Pero no únicamente lanza al aire a esta teoría en gris, sino la va anudando a los efectos que desencadena los conflictos entre las instancias psíquicas. Freud en su texto de Neurosis y Psicosis (1923/1924) propone la siguiente fórmula: *"*La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior*"* (Freud, 1923/1924-1992, p. 155).

En base a la propuesta establecida por Freud, lo único que comparten las neurosis y las psicosis, es el conflicto entre dos instancias psíquicas que impugnan al sujeto a someterse. En la neurosis, el Yo no busca acogerse a la pulsión que aclama ser satisfecha para el ello, lo que lleva al mecanismo de la represión en sí:

> "(…) lo reprimido se revuelve contra ese destino y, siguiendo caminos sobre los que el yo no tiene poder alguno, se procura una subrogación sustitutiva que se impone al yo por la vía del compromiso: es el síntoma (...)" (Freud, 1923/1924-1992, p. 156).

Esa lucha del yo por no ceder a la pulsión de ello, más la lucha por el síntoma, se tiene por resultado un cuadro de neurosis. Pero ¿qué sucede con las instancias psíquicas sobrantes? El superyó y mundo exterior, siguen su continua maquinación; el yo estando conflictuado con el ello, obedece al dictamen de su superyó, mismo cuya influencia se origina por los influjos del mundo exterior.

En cuanto a la psicosis, se reconoce la perturbación marcada entre el yo y el mundo exterior. Y no solamente Freud lo encuentra, sino también su contemporáneo el Dr. Bleuler. Aquellos mencionan, en los ejemplos de las psicosis leves (o equizofrenia paranoica), que la pérdida de la realidad es indeleble. El mundo exterior deja de ser percibido, pero si esta percepción es coartada, le sigue su desfiguramiento; crea una copia del mundo exterior para poder retornar, puesto que el vacío debe rellenarse de nuevo para que la existencia del enfermo mantenga una base en la cual sostenerse, pues en su revés perdería propósito de ser sujeto y volverse la nada.

Para el psicótico, al mundo exterior se le resta, se le retira la libido que alguna vez se le cedió (Freud, 1914/1992). Un nuevo "mundo exterior objetivo" se lo edificará con los elementos pulsionales del ello (deseo), y que, según Freud, el motivo para tal acaecer trata de una grave frustración de un deseo insoportable de no ser cumplido (Freud, 1923/1924-1992).

Ahora bien, partiendo del principio de que el psicótico *copia y pega* un mundo exterior a su gusto (surrealista), se sabe que es representado de forma tan evidente a través del delirio, último síntoma que viene a utilizarse como un parche sobrepuesto donde hubo una desgarramiento (yo y mundo exterior) (Freud, 1923/1924-1992). Un parche tiene la función de detener cualquier fuga y la pérdida de su contenido, por lo tanto, esa misma función trata de realizar el delirio en el sujeto psicótico. Si el fenómeno no tiene su decurso patógeno grave, se debe a la existencia oculta del intento de curación o de reconstrucción. Y para ilustrar apropiadamente esto último, regresemos al análisis de Paul Schreber: en su condición delirante respecto a su dios, se evidencia este parche que buscaba ocultar el dolor real que le habían provocado lo siguientes sucesos: el fallecimiento de su padre; el tener un puesto de superior cargo; y la imposibilidad de concebir un hijo con su amada esposa. La insoportable desdicha a vivir en tales vicisitudes, debía ser velada por cualquier vía: otorgar a su crisis existencial la idea de que una deidad buscaba un mejor destino para él, así su virilidad tenga que ser volteada a la feminidad.

La patogenia dependerá de lo que la instancia yoica haga frente al conflicto con sus demás vasallajes. Si deja de luchar y es avasallado por el ello, permite ser excluido de la realidad. La entrada del superyó procura mayor complejidad al asunto, puesto que en esta instancia fluctúan tanto el ello cuanto el mundo exterior; se vuelve el intermediario estoico y tiránico. A esto cabe añadir que el yo también puede generar un conflicto con el superyó. Freud dice, respecto a esto último, que la *melancolía* pertenecería al resultado de la lucha entre instancias yoica y superyoica, nombrándola "psiconeurosis narcisistas" (Freud, Neurosis y Psicosis, 1923/1924-1992).

Un punto importante dentro de la sintomatología psicótica, es la pérdida de la realidad; es decir, el ser apartado de la cultura a la que se pertenece, para luego recrearla partiendo de fantasías. En su posterior escrito "La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis" (Freud, 1924), pone

en cuestión si esta exclusión de la realidad sea particular de la psicosis, o si su presencia también es abordada en la neurosis.

Ya en el texto sobre "La organización genital infantil", Freud introduce el desmentir o *verleugnung*. Este término lo evoca una vez más para explicar la reacción ante un hecho funesto o insoportable que ocurre en la realidad objetiva para el sujeto. Tanto en la neurosis como la psicosis el desmentir se lo aplica para tramitar lo inconcebible de mundo exterior, es así que:

> (…) en la psicosis se perfilarán dos pasos, el primero de los cuales, está vez, arrancara al yo de la realidad, en tanto el segundo quisiera indemnizar los perjuicios y restablecería el vínculo con la realidad a expensas del ello.
>
> Continua la idea, dejando la analogía, y dando espacio al paralelismo:
>
> El segundo paso de la psicosis quiere también compensar la pérdida de realidad, mas no a expensas de una limitación del ello –como la neurosis lo hacía a expensas del vínculo con lo real–, sino por otro camino, más soberano: por creación de una realidad nueva (…) (Freud, 1924/1992, pp. 194-195).

En ambos casos, el yo termina sirviendo al ello; es la rebelión del ello contra el mundo exterior, y sus síntomas expresan tal displacer o su incapacidad para adaptarse a la realidad. Pero la diferenciación yace en que la psicosis busca reconstruir la realidad objetiva a través de las fantasías, manteniendo algunas huellas mnémicas del pasado, mientras en la neurosis se evita expulsar un fragmento de la realidad. Ahora, retornando al desmentir, la neurosis precisa limitarse al desconocimiento de tal, pero en el fondo reconoce la verdad inaceptable; la psicosis no solo la desmiente, sino se focaliza en alternarla a su conveniencia. Trasluciendo aún más la idea: la neurosis se limita a denegar un fragmento de la realidad, en cambio, la psicosis, no sólo se evidencia una pérdida de la realidad, sino la sustitución parcial o completa de la misma.

En su proceso patológico, ambos parecen seguir un similar encause, pero en la neurosis, si bien al principio desmiente lo inconcebible, luego la represión de tal falla, y se presencia un efecto regresivo; la psicosis, al principio, desmiente lo insoportable, para luego ceder a las pulsiones del ello, teniendo por consiguiente un no retorno, y su posterior reedificación de la realidad.

Tiempo después, se analizará la "escisión yoica" que nace a partir de la lucha del yo infante contra las pulsionales que buscan ser satisfechas. La idea de la castración ingresa a modo de primer impase para continuar con una vida de hedonismo. Para este infante, trabajarán dos modos de reacción: el primero limita sus pulsiones, para así la realidad objetiva se mantenga a raya y no procure un castigo contra su integridad; el segundo es continuar con la satisfacción pulsional, evadiendo que el acto punitivo tenga efecto y desmintiendo que algo así allá ocurrido o vaya a ocurrir, a pesar de haber percibido la falta en el género femenino. Freud profiere lo siguiente: "Con ello había desmentido, es cierto, la realidad objetiva, pero había salvado su propio pene. Si no estaba obligado a reconocer que la mujer había perdido su pene, perdía credibilidad la amenaza que le impartieron (…)". Más abajo continua: "Este acto de nuestro paciente se nos impone como un extrañamiento respecto de la realidad, como un proceso que tenderíamos a dejar reservado para la psicosis (Freud, 1938-1940/1991, p. 277)".

A constancia de que ahora incluía a la tópica de la psicosis el proceso de la escisión del yo por mecanismo de defensa, Freud no hizo mayor desarrollo. No obstante, el Dr. Bleuler continúa la investigación de tal y la ubica dentro de unos de los síntomas fundamentales en la esquizofrenia. Para él, la escisión del yo se relacionaba al método asociativo que en el esquizofrénico se presenta perturbado; las asociaciones de ideas al hablar pierden sentido, pues, o sufren de una obstrucción o la idea se pierde para luego evocar una nueva por completo diferente (Bleuler, 1973).

La escisión yoica en Freud implica la desgarradura del yo por la vivencia de lo inaceptable. El yo procede a dividirse entre uno que acepta lo que la realidad le impone y el peligro que surge si decide mostrar irreverencia, y otro, con ímpetu, que denegará el castigo por la castración que pueda recibir por coartar sus deseos pulsionales.

Lacaniano

Lacan, en el seminario 3 de "*Las Psicosis",* hace mención al ingenio de Freud el cual le permitió ir más allá de lo que implicaba la condición psicótica a través de la traducción del libro de un paranoico (Paul Schreber). Por medio del descifrar de ese lenguaje o "lengua fundamental", Freud permite comprender aquel mundo interno extraño en el que se encuentra embotado el psicótico. Pero lo puntual para Lacan se particulariza en el aspecto simbólico que hay allí, mismo que incluso borra los límites para diferenciar los campos de la psicosis y la neurosis. Entonces, va en la búsqueda de otra dimensión que le permita traslucir los problemas fijos para la condición psicótica.

Encuentra que a través del discurso del sujeto alienado hay una manifestación de lo simbólico. Este material por el cual se vale para producir lo simbólico, viene a ser el propio cuerpo. Lacan lo establece así:

> Si algo corresponde en el hombre a la función imaginaria tal como ella opera en el animal, es todo lo que lo relaciona de modo electivo, pero siempre muy difícil de asir, con la forma general de su cuerpo, donde tal o cual punto es llamado zona erógena (Lacan, 1955-1956/2009, p. 22).

El soma, el cuerpo no sólo cumple sus funciones anatómicas y fisiológicas; a saber, es uno atravesado por el lenguaje. Lo que es negado, silenciado, buscará millón de vías por las cuales comunicar y hacer notar su disconformidad o conformidad, desde una risa hasta una catatonia. "Si

es que alguien puede hablar una lengua que ignora por completo, diremos que el sujeto psicótico ignora la lengua que habla" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 23). Sucede con el Dr. Schreber, quien, a través del habla y el escrito reproduce indefinidamente maquinaciones extraordinarias, sin que de ello logre tener total conciencia o fehaciente prueba; son expulsadas de su interior. He aquí la entrada de lo inconsciente, estado psíquico que oculta lo que causa disgusto de sí mismo, su semejante, o del mundo exterior; es decir, lo reprimido. Ahora, lo inconsciente no queda siempre en lo no-consciente, pues de su mecanismo siempre escapa algo que luego se catalogará en términos de "destino" (griegos) o fallo de lo reprimido (Freud); fragmentos que movilizarán los actos y donde se verán emerger las pulsiones.

La *verdrängung* (represión) es uno de los tantos mecanismos operantes, pero hay otros de alta relevancia, en especial para la estructura clínica de la psicosis. Freud teorizaba a la *verleugnung* por ser el mecanismo operante frente al acto punitivo de la emasculación, del cual obtenía beneficio el sujeto; el desmentir la realidad, permite al sujeto no enfrentarse a lo inconciliable, por ende, salvaguardar su integridad, a costa de sustraer parte de su realidad, caso que parece acercarnos al acontecer psicótico. No obstante, Lacan hará hincapié en la exclusión o la *verwerfung* (también de Freud), o sea el "no saber nada de la cosa, ni siquiera en el sentido de lo reprimido", última proposición que dice traducir en lo siguiente: "lo que es rehusado en el orden de lo simbólico, vuelve a surgir en lo real*"* (Lacan, 1955-1956/2009, p. 25). El psicótico no precisa reprimir, sino olvidar o volver deleble al recuerdo por insoportable a su aceptación. Pero al igual que la represión en la neurosis, su denegar no acierta por completo; en la psicosis, al sujeto se le reaparece lo renegado (verneinung), tal cual sucede con el "Hombre de las ratas" ante el preludio de un brote psicótico*,* quien había dicho recordar tan vívido un accidente por corte de un cuchillo, pero que nunca lo había comentado ni a su más íntima confidente (la nodriza). Esto anterior destapa

la realidad de la forclusión y la alucinación, es decir la reaparición en lo real de lo expulsado por el sujeto y su evocación a través de los sentidos; el recuerdo de la afirmación ante la amenaza del despojo genital. El olvido a voluntad de una experiencia no ofrece más que un sosiego temporal, pues su ingreso ya está marcado, mientras se desconoce del ulterior efecto por forzarlo al olvido.

No siendo limitante con lo mencionado en los párrafos anteriores, Lacan señala otro punto peculiar que se muestra en el hablar del psicótico durante su delirio, y es que la ambigüedad de su discurso está destinado a comunicar la llave para comprender su padecer: a través de los meros neologismos. "El sistema del lenguaje, cualquiera sea el punto en que lo tomen, jamás culmina en un índice directamente dirigido hacia un punto de la realidad, la realidad toda está cubierta por el conjunto de la red del lenguaje" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 51). La curiosidad del lenguaje es que nunca precisa en designar lo que la cosa en sí contiene, por ejemplo, al designar la silla no se comprende si se habla de ella como objeto, en su color, o las medidas que tiene.

¿Qué diferencia podría encontrarse entre el neologismo del ignorante con el neologismo del psicótico? En los neologismos, su significación es inagotable pues remite constantemente a otra significación. En los ejemplos ilustrados por Lacan: el *galopinar* de una enferma, y la *nervenanhang* (adjunción de nervios) de Schreber, se establece que la significación de tales palabras remite a la significación de sí mismas, sin embargo, resulta todavía inefable, pero su reiteración busca alcanzar la comprensión. A diferencia del neologismo del ignorante, el psicótico hace énfasis en aquellas palabras que están veladas y quieren ser descubiertas en su significación. Por el contario, el neologismo del desconocedor e inculto, busca millón de adjetivos o sustantivos para hacerse explicar; se adjudica de más significantes sin que por ello tenga que transformarse en inefable su pensar.

Lacan dibuja la presencia de 2 tipos de fenómenos en el neologismo del enfermo: en el extremo izquierdo se tiene a la "intuición de un pensamiento" que se marca como original e inunda al sujeto con nuevas perspectivas. Al otro extremo, lo que se vuelve estereotipia, es cuando adquiere la concepción de fórmula, pues se vuelve un principio a seguir, repetir; ya no sería palabra, sino un estribillo. Ambos extremos son los que detienen la significación; análogos al péndulo: una vez en movimiento su dirección no es fija, se mueve a lo largo y a lo ancho, pero siempre regresando al punto de partida. Particularmente por esto anterior, el lenguaje del psicótico se vuelve engañoso, pero hay que centrarse en los dos fenómenos mencionados para determinar esa red discursiva delirante (Lacan, 1955-1956/2009).

Consideremos ahora el mecanismo de defensa de la proyección, muy particular en el psicótico. Para ello hay que retomar el principio de elidir la realidad a favor de resguardar esa misma realidad del sujeto (realidad psíquica). Freud lo mencionó en el texto "La Pérdida de la Realidad en la Neurosis y la Psicosis" (1924) y en el trabajo posterior "La escisión del yo en el proceso defensivo" (1938), y Lacan vuelve a retomar la idea de que, tanto en la neurosis como en la psicosis se hace cumplir el papel de huida, una evitación del conflicto con la realidad. Pero, en la neurosis esa parte que se pretendió olvidada, no fue eliminada, pues continúa haciéndose oír, tal cual secreto que busca alcanzar la luz. A esto se le opone la psicosis, pues la hiancia, el agujero que allí surge, es con la realidad exterior. "En la psicosis, en cambio, es verdaderamente la realidad misma la que está primero provista de un agujero, que luego el mundo fantasmático vendrá a colmar" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 71).

¿De qué va ese "fantasma" en el psicótico? Aquí entra nuevamente el mecanismo de la proyección, un modo de responder a la inconformidad respecto del sujeto, lo cual le permite ubicar en otro lo que imaginariamente le resulta despreciable de su imagen. En el celópata y el paranoico,

parece que tiene su aplicación, no obstante, Lacan recalca lo dicho por Freud: "Es incorrecto decir que la sensación interiormente reprimida, es proyectada de nuevo hacia el exterior. Deberíamos decir más bien que lo rechazado retorna del exterior" (Freud, 1910-1911/1991), pero ¿qué sucede con esta proyección? Ya no supone expulsar lo inaceptable del sujeto y desecharlo en otro, sino:

> "La proyección en la psicosis es muy diferente a todo esto, es el mecanismo que hace retornar del exterior lo que está preso en la *verwerfung*, o sea lo que ha sido dejado fuera de la simbolización general que estructura al sujeto" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 73).

Determinamos que el mecanismo de proyección funciona de manera distinta. Para el neurótico, la proyección implica desdeñar su propia condición a partir de un objeto que sea receptor de aquellos caracteres; un objeto que haga de espejo. En el psicótico, más bien lo que no alcanzó la simbolización, regresa desde lo real, pero desfigurado, y al carecer de sentido, el sujeto busca darle significación desde la fantasía, desde su propia creación, donde él está exento de todos los males, mientras el resto no cumple sus estándares; la libido queda resignada al yo, pero el sujeto desea investir a sus objetos de amor: sin logro alguno, se produce el retorno de la libido a través del delirio, por ejemplo el caso del delirio de persecución: "*yo no lo odio, él me odio. Pero lo amo"*.

Detengámonos de momento en la cuestión del fantasma. Partiremos desde la proposición de que el lenguaje habita en el cuerpo, lo cual permite al sujeto explorar sus necesidades, aun estas mismas no sean en sí una necesidad, y que puedan a la vez faltar en su cumplimiento. El sujeto de edifica allí entre el lenguaje y el cuerpo, permaneciendo en los bordes de tales, por ende, siempre estando exiliado: no todo objeto, y no todo significante. En este doble exilio es donde se produce la *verdrängung* y la instalación del fantasma. Por esto último, Lacan propone la siguiente fórmula: ($ ◊ a), si bien no pertenece a la conciencia, este fantasma es fundamental para la estructuración

neurótica “normal”. El sujeto varado ($) es el exiliado del lenguaje, condición que le impide reconocerse en tanto sujeto, sino es un supuesto de lo que creería que es el ser. Aquel sujeto divido es el sujeto en falta, el que renuncia al amor materno, la ley de interdicción de la madre, reconociendo el No-Todo. En algún lado debe quedar el objeto de renuncia, ahí es donde entra el objeto causa del deseo (a), el exiliado del cuerpo, aquello a lo que se renunció por obra de la promesa de goce. Por último, el rombo en el centro, es la representación que limita entre ser sujeto pleno y todo objeto. El fantasma desprende y une; es decir, allí donde a suerte el ser se vuelva objeto de goce o sujeto pleno sin falta, el fantasma ingresa para darle soporte al sujeto: lo desprende porque requiere de enfrentarlo a la pérdida de un fragmento del cuerpo imaginario; y lo une porque mientras el objeto falta, el sujeto se moviliza para su búsqueda eterna (Vandermersch, 2011). Para el psicótico, este fantasma fundamental existe, pero la relación sujeto-objeto es estrecha, y sólo el retorno de lo simbólico en lo real, hace que este fantasma incline su balanza hacia uno de estos dos extremos.

Este fantasma del psicótico se expresa a través del delirio, de la *palabra delirante*, como Lacan dirá. Para esto habrá de considerarse al Otro (A) y al otro (a), siendo que son dos abstracciones a las cuales el sujeto se dirige constantemente (S) (aunque más al otro con mayúscula), y siempre por medio de la alusión. No se olvide que la palabra apunta a ir más allá de lo que expresa. Lacan imagina la actividad similar a la ventriloquía, o sea el uso de un muñeco que aparenta hablar, pero detrás está la persona que emite la voz con furtividad; es una analogía muy similar a lo que se presenta dentro del sujeto y entre sujetos. En el ejemplo que Lacan nos permite traslucir esta teorización, está una paranoica que ha sentido extrema injuria por el mensaje proferido del amante de su vecina: al cruzarse por el pasillo, ella le dice que “viene del fiambrero”, mientras recibe con ignomia la respuesta de “marrana”.

"Habla tan bien por alusión que no sabe qué dice. ¿Qué dice? Dice: Vengo del fiambrero. Ahora bien, ¿quién viene del fiambrero? Un cochino cortado en pedazos. Ella no sabe lo que dice, pero de todos modos lo dice" (Lacan, 1955-1956/2009, pp. 80-81).

A modo de filólogo, Lacan entrevé la falta de la persona gramatical en la narrativa. Lo que realmente esta paranoica quiso decir de sí misma a ese otro es: "Yo, la marrana, vengo del fiambrero, ya estoy disyunta, cuerpo fragmentado, membra disjecta, delirante, y mi mundo se cae a pedazos, al igual que yo" (Lacan, 1955-1956/2009). Veremos que esto se anuncia hacia el otro, ya no un Otro, puesto que ese otro con mayúscula ya no alberga verdad alguna; es decir, la afirmación primordial que le permitía adentrarse en ese orden simbólico. Si bien se dirige al otro con minúscula, es porque éste presenta lo irreal, por ende, puede desdeñarlo cual maniquí.

Regresemos al enunciado de Freud: "algo que fue rechazado del interior, reaparece en el exterior". Para el suceder de esta premisa, hay que remontarnos al pasado donde se generó ese primer momento de simbolización, pero que, para el psicótico, parte de esa simbolización no ocurre. En la dialéctica neurótica, la palabra funda la simbolización y le deviene el efecto represivo (*verdrängung* y la *bejahung*), mientras en el psicótico este efecto represivo no sucede, sino meramente lo rechaza. Sin embargo, a este rechazar, Lacan mencionará que "no basta con que el sujeto haya elegido en el texto de lo que hay que decir, una parte, tan sólo una parte, rechazando lo demás (…)" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 120), entonces comprendemos que siempre el ser humano buscará algo por rechazar, sin que por ello toda su realidad quede desbancada, pues existirán cosas que no logren encajar. En la *bejahung* (retorno de lo reprimido), "no todo indica que la primitiva sustracción haya sido realizada de manera adecuada" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 121), lo cual es considerable pues de allí se observa la posición neurótica, perversa, o psicótica. Para establecer lo anterior, hay que aludir a otra tópica esencial, y la que con tanta aprehensión

Freud enseñó: el complejo de Edipo, donde se alberga a la "ley", una ley de simbolización que se encuentra desde los albores de la vida del hombre, donde el Padre de la horda primitiva limitaba en el intercambio sexual o los comportamientos semejantes (Freud, 1939/1991). Dentro de esta ley se cumplen 3 registros: la *verdichtung* (la ley del malentedido); la *verdrängung* (la represión, que ocurre cuando no se encaja en la cadena simbólica); y la *verneinung* (del orden del discurso, cuyo valor existencial moviliza al sujeto a buscar todas las veces un objeto, objeto de su deseo que nunca será) (Lacan, 1955-1956/2009). Lo cabal es reconocer que esta ley primordial funda la cadena simbólica, si ésta es excluida, la cadena decae, y le sigue la reedificación por otros medios (delirio).

En relación a lo mencionado en las penúltimas líneas del anterior párrafo, acerca de la búsqueda del objeto de deseo: nada lo conduce a su encuentro, sino un objeto de satisfacción que emule a la relación materna, de eso trata el "principio de placer". Pero ¿qué sucede con el principio de realidad? "El sujeto no tiene que encontrar al objeto de su deseo, no es conducido hacia él por los canales, los rieles naturales de una adaptación instintiva más o menos preestablecida (…), tal como vemos en el reino animal" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 123). Ese objeto lo volverá a encontrar fundamentalmente alucinado, pues dicho objeto le fue prestado en su momento, y ahora le queda encontrar otro objeto que responda a similares necesidades. Pero acontece que en lo real aparece este distintivo, que puede surgir a partir de una pequeña y esporádica alucinación como le produce al neurótico, o a través de un evento alucinatorio tal cual sucede con el presidente Schreber.

El fenómeno psicótico abarca gran curiosidad por investigar su condición y mecanismo que le permite devenir en el delirio y la alucinación. En el presidente Schreber hace presencia una significación que se le presenta, pero no la puede vincular a nada dentro del sistema de

simbolización, lo invade y amenaza su integridad. Esa significación rechazada para el presidente de la suprema corte, tiene estrecha relación a la bisexualidad, de ahí que en su delirio se piense la mujer de dios y un dios que quiere con él engendrar una nueva generación.

Cuando esta significación le aparece en lo real al psicótico, es una significación que no remite a nada, pero es esencial porque afecta al sujeto y éste busca defenderse de la misma. El esperado proceso ante lo inconciliable, es el reprimir tal, y esto de continuo utilizarlo, a costa de padecer neurosis. De poco en poco los cabos sueltos se van anudando: si la *verdrängung* no alcanza para responder a lo inaceptable, la *verwerfung* aparece en escena. Antes de, si no logra reprimir, la *verneinung* puede ingresar, pero al no estar simbolizado, es decir, la cosa es desconocida, nunca supo ni sabrá cómo responder a tal. Por consiguiente, la negación no tiene pleno funcionamiento cuando al psicótico le reaparece lo no simbolizado en lo real; está inerme e incapaz de negar (Lacan, 1955-1956/2009). Esto que no fue simbolizado no es esencialmente de la prehistoria del sujeto, pero sí parte de una falta primitiva de la simbolización; en algún momento de su infancia algo fue rechazado. Al respecto, Lacan analiza y responde el postulado de Jean Hyppolite acerca de la *verneinung* en base a los textos de Freud sobre "La negación" y el análisis del Hombre de los Lobos. Dentro de, Jean Hyppolite señalará la cuestión acerca de la negación en relación a la *bejahung*.

> Lo afectivo en este texto de Freud se concibe como lo que de una simbolización primordial conserva sus efectos hasta en la estructuración discursiva. Pues esta estructuración (…), está hecha para traducir bajo forma de desconocimiento lo que esa primera simbolización debe a la muerte (Lacan, 1966/1971, p. 365).

Del hombre de los lobos se extrae un recuerdo en el cual se reconoce la alucinación. Pues bien, a la edad de 5 años le sucede que, jugando en un jardín bajo la compañía de su

nodriza, mientras hacia unas muescas en unos nogales. De la nada percibe con horror que su dedo ha sido cortado, suspendido en el aire y colgando únicamente de la piel. Ante esto, de inmediato le sobreviene la sensación de ansiedad, a pesar de no sentir dolor; no se anima a comentarle nada a su criada. Procede a sentarse en un banco, y cuando por fin logra sosegarse, mira de nuevo su dedo, y observa que éste está intacto.

Se evidencia la captación imaginaria del traumatismo primordial, a saber, la imposibilidad de aceptar la realidad genital sin la amenaza de la castración. Pero no trata de la *verdrängung*, ni de la *verneinung* que coacciona al sujeto mantenerse en la ignorancia, puesto que no se puede diferenciar del retorno de lo reprimido por el cual el sujeto no puede hablar sino lo "grita por todos los poros de su ser" (Lacan, 1966/1971, p. 367). Si el sujeto de la castración busca desconocer y volverse ignorante hasta en el sentido de la represión, no lo logra, necesita desasir su vínculo con la representación traumática por medio de la expulsión. A esto se lo denomina la *verwerfung*: exclusión del traumatismo de la amenaza de castración (simbólica).

Lo que es impido de ser en la *bejahung*, le sige la *verwofen* (cercenamiento), pues para conocer algo del sentido de lo reprimido, tuvo que salir a la luz de la simbolización primordial. Entonces, careciendo de la posibilidad de simbolización, le acontece aparecer en lo real como aquello que subsiste fuera de la simbolización. "(…) la castración aquí cercenada por el sujeto de los límites mismos de lo posible, pero igualmente por ello sustraída a las posibilidades de la palabra, va a aparecer en lo real, erráticamente (…), en relaciones de resistencia sin transferencia (…)" (Lacan, 1966/1971, p. 369).

Una vez que lo real surge ante sus narices, le sigue el responder a tal demanda que representa algo propio del sujeto, pero nunca simbolizado. "Al no poder ser integrada en lo que ya

fue puesto en juego (…), acarrea una desagregación en cadena, una sustracción de la trama en el tapiz, que se llama delirio" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 128). Lo cautivador del delirio es que continua dentro del discurso "normal" sin limitarse, pero que los trastornos del lenguaje lo harán exponer, a través de los neologismos, frases estereotipadas, e incluso con la ausencia metafórica.

Si retornamos a la tópica lacaniana del significante y significado, se comprende que el que mayor valor tiene en dicha lógica, es el significante, puesto que a partir de tal el sujeto se arma para comprender la realidad social. Lacan recalca en la importancia de este significante dentro del complejo de Edipo, un significante primordial (Nombre-del-Padre) que permite al sujeto adentrarse en aquella relación intersubjetiva (él mismo, y los otros dos personajes paternos). A saber, el complejo edípico promueve el estado neurótico común, no obstante, si parte del proceso de interdicción falla o no es aceptado, el sujeto puede continuar en lo que parecería una neurosis, hasta que en lo real reaparezca esto rechazado, a lo siguiente establecer un método de defensa (delirio).

En el apartado de "Acerca de los significantes primordiales y la falta de uno" (Lacan, 1955-1956/2009, pp. 279-293), Lacan reflexiona sobre casos de pre-psicosis, donde el punto de irrupción se da cuando al sujeto, en la primavera de su pubertad, le surge la inclinación hacia la homosexualidad, al tener más intercambio junto a otro congénere. De pronto algo le ocurría, poniéndolo perplejo e incapaz de explicar tal. Lacan esclarece ejemplificando un caso donde ese algo que se le aparece al sujeto pre-psicótico, fue el enterarse que su semejante (compañero) tenía una hija, y esto fue sentido como un hecho incestuoso: a partir de esta perspectiva proveniente del exterior, el sujeto no lo acepta y opta por defenderse (cae en cama por 3 meses). Al respecto, se hace la analogía a un taburete de 4 pies, pero si tuviera 3 patas, continuaría sosteniéndose. "(…) sepan que los puntos de apoyo significantes que sostiene el mundillo de los hombrecitos (…), son

muy reducidos en número" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 289). Reconocemos que algunos sujetos tienen más posibilidad de sostenerse en este mundo colmado de simbolización, pero "(…) en determinada encrucijada de su historia biográfica, confronta ese defecto que existe desde siempre" (Lacan, 1955-1956/2009, p. 289).

2.2 Visión de la estructura psicótica y la forclusión desde autores pos-freudianos/lacanianos

"Sólo el sujeto supuestamente sano cree que la locura es un error lógico" (Vandermersch, 2011). La ironía que se desprende de esta proposición, es a partir de la consideración general que el loco no tiene palabra, y si la tiene no dice más que barbaridades sin conexión alguna a la realidad que los neuróticos comparten; sucede que el sujeto neurótico cree que su realidad es una verdad inquebrantable. Tan falsa como considerar que somos los únicos seres vivos en la bastedad del cosmos.

El sujeto a la locura, no está exento de las leyes lógicas del lenguaje, puesto que puede reflexionar y razonar, pero se conoce que su razonamiento es inadecuado por las fantasías que hay de por medio. Pero ¿no acontece que el neurótico común también fantasea? E incluso cuando se trata de diferenciar la realidad, se escucha y observa que cada persona tiene una diferente manera de percibirla. Puede que la única razón que evite ser catalogado de delirante, es el vivir en una sociedad, una comunidad donde comparten vivencias y nadie las desmiente. De todos modos, la consideración anterior es necia, pues todos en esa comunidad podrían estar delirando, sin que alguno sea acusado de demente.

> "La realidad tiene una estructura de ficción. Está tendida en la pantalla del fantasma, pantalla cuyo marco es desapercibido. El marco está reprimido y precisamente está hecho

de este objeto *a* que no tiene su lugar en el mundo visible, porque es lo que de lo reprimido permanece imposible de poner en palabras." (Vandermersch, 2011, p. 664)

Esta realidad que cada uno la percibe a su modo, dependerá del objeto *causa del deseo* (objeto a), mismo que representa un fragmento del cuerpo que fue excluido, y aparentará ser localizado en los bordes de las zonas erógenas: oral, anal, escópico, vocal. (Vandermersch, 2011) Un objeto que siempre representará alguna promesa de goce, por ende, la realidad dependerá de esta búsqueda, mientras su retorno permanecerá imposible de poner en palabras, y únicamente exteriorizándose por medio del afecto: vergüenza, angustia, culpabilidad, miedo.

Sin embargo, el sujeto puede que comparta una realidad común, y a la cual el conjunto no puede desmentir: hete aquí el falo para Lacan, o la falta de un fragmento del cuerpo imaginario que el sujeto otorga a cambio de poder ingresar al mundo simbolizado. Vandermesch así nos lo anuncia: "Este falo, es la marca de que el sujeto recibe al venir a un mundo ya interpretado. El sujeto es situado por este significante" (Vandermersch, 2011, p. 665). Es el centro de todas las significaciones y que surge a gracia del Padre como metáfora de interdicción del deseo materno, dando por resultado la sexualización de los objetos causa del deseo: seno, mirada, voz.

Por reiterativo que resulte, no es de obviar que el significante siempre remite a millar de otros significantes, sin alcanzar un fin; al leer y descubrir cada verbo, adjetivo, sustantivo, o pronombre, permite entender, de una sola cosa, muchas otras que parecerían no tener similitud u homofonía. Es un sin fondo, unas fauces abiertas que son albergadas por el Otro con mayúscula (la ley paterna). Sin embargo, el sujeto neurótico no cae en ese sin fin del significante, pues hay un borde que limita. ¿Qué lo protege ante la amenaza de ser devorado? La falta es accionada para proteger al sujeto de no quedar atrapado dentro de estas fauces: de esto va el fantasma ($\$ \lozenge a$), unión tanto sujeto (S) como objeto (a), pantalla de lo real (Lacan, 1971/2009); es decir, el sujeto

es barrado (dividido) en cuanto piensa en el objeto a, pero es sujeto allí donde no se reconoce como objeto puro, sino meramente se identifica a un significante, condición que lo sostiene de sobrepasar los límites de la realidad. El sujeto goza del objeto a, pero siempre manteniendo el régimen de la castración, donde ni es significante puro ni objeto puro, puesto que el sujeto también debe estar ante la preocupación de hacerse representar, de demostrar su existencia. (Vandermersch, 2011)

"Esta función de castración del no-todo de la verdad, que asegura el sostenimiento de la realidad, a costa de una pérdida, es lo que puede desaparecer en ciertas situaciones y provocar brotes delirantes más o menos reversibles" (Vandermersch, 2011, p. 668) Función de emasculación que no permite quedar aprisionado por el deseo del Otro, un deseo de exigencia a lo que se espera del sujeto.

En la psicosis, dentro de la lógica del fantasma, el sujeto está en una relación más estrecha con el objeto, de ahí que puede alternarse o quedarse fijado en cualquiera de estas dos posiciones. A continuación, lo determinaremos en otras presentaciones de la psicosis: en la manía hay un estado repetitivo de puro sujeto del deseo (puro agujero), puro goce sin causa que lo desapega de la articulación significante; un sujeto vaciado, pero que no pierde del todo la cadena significante, sino que esta cadena se ve mermada. La melancolía es lo contrario, es el objeto puro, el objeto *a*. Supone que este objeto se lo busca en el mundo, por ende, es un objeto inmundo, mismo que en la formulación del fantasma tiene por función el sostener al sujeto. Pues bien, el melancólico seguirá esa senda del objeto, con el riesgo de que quede sustraído del mundo de las representaciones. ¿Se pensará a sí mismo representación de la cosa perdida y que sólo en la muerte unirá la causa y su falta? El sujeto melancólico pensará entonces: —Soy inmundo, pero mi muerte unificará y limpiará este cuerpo en falta.

Dentro de la melancolía, el sujeto ya no está dividido (S), es un sujeto pleno sin ser allí en el mundo. El objeto *a* deja su pretensión de ser un fragmento desprendible del cuerpo, y así se expone en la melancolía, donde se lo piensa un objeto entero, no separable, e inmundicio por estar fuera de la representación. En la crisis melancólica, el objeto no se desprende del cuerpo, sino el cuerpo es concebido como uno solo que se recorta del mundo de las representaciones. (Vandermersch, 2011) Sucede con el *síndrome de Cotard* (melancolía avanzada): el sujeto se visibiliza estar putrefacto y requerir estar entre la basura, o simplemente negar su existencia. (Victoria & Ampuero, 2018)

Nos dirigimos ahora hacia la paranoia, estructura clínica donde se muestra con mayor claridad a la forclusión. Cada efecto tiene consigo una causa: "es la marca de la forclusión de la falta estructural en el Otro, en el lenguaje, que causa al sujeto" (Vandermersch, 2011) Esta falta, este algo que no está en la cadena significante que constituye al fantasma neurótico, es un elemento necesario que está suelto, por ende la cadena significante está propensa a soltarse, para luego rearmarse incluyendo un elemento fantasioso pero lógico.

La forclusión o *verwerfung* implica un rechazo lo cual provocaría la falta a nivel de la simbolización (la *bejahung*), ligada al plano genital y que Lacan lo denominará como "rechazo originario". Sabemos que la *Bejahung* primordial es necesaria para admisión del significante, y ante su falta, le viene la *verwerfung* por ausencia del retorno de lo reprimido. Ahora, Lacan pensó al inconsciente estructurado como un lenguaje, es así que desarrolla el Nombre-del-Padre, un significante primordial que permite responder a las exigencias en el Otro, pero su preclusión, da paso a provocar "un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica" (Lacan, 1971/2003, p. 540). La forclusión de la metáfora paterna imposibilita significar el deseo de la madre, o sea ejercer la significación de su castración y de su falta.

> Para que la psicosis se desencadene, es necesario que el Nombre-del-Padre, *verwofen*, precluido, es decir sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en posición simbólica al sujeto. Es la falta del Nombre-del-Padre en ese lugar la que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que el significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante. (Lacan, 1971/2003, pp. 558-559)

La preclusión de la metáfora paterna deviene en un agujero en lo simbólico, pero que mientras el sujeto no tenga que evocarlo, podrá conservarse indemne. Pero todo se desubica cuando se presenta el llamado al Otro, es ahí que:

> (…) lo que está *verworfen*, o rechazado de lo simbólico, reaparece en lo real. Ese real del que se trata es la alucinación, es decir, el Otro en tanto que habla. Eso sigue hablando en el Otro, pero aquí adquiere la forma de lo real (Lacan, 1957-1958/2010, p. 491).

Para el paranoico: "La causa para él es como una prueba, del orden del significante, pero él se vive como diferente, sino como heterogéneo a los otros, lo que le pone en la misma posición que el tramador que él denuncia" (Vandermersch, 2011, p. 672) No lo engulle en una completa fragmentación de su cuerpo, sino queda un Uno unificador que reserva un fragmento. De allí que no pueda creer en su culpabilidad para provocar que otros vayan contra él, pero siempre cayendo en la certeza de ser atacado por el otro. Todo sucede en la paranoia por efecto del rechazo de la ley de castración, que implica el que venga a ocupar el lugar del falo; el neurótico mantiene su posición de falta, pero luego reconoce que hay objetos que le permitirán rellenar parcial y artificialmente ese vacío; en cambio, el psicótico queda en las fauces de ser falo, por ende, ser un objeto vaciado, pero que dentro de sí converge la intención de significación, volviéndose lugar de

referencia, pero careciendo de esta mediación fálica (objeto parcial de deseo) (Vandermersch, 2011).

De regreso con el objeto *a*: recordemos que este no es natural, sino un producto del lenguaje. “Para que pueda haber una relación con el otro, es necesario que haya habido un descarte producido entre los sujetos y entonces que algo entre estos partenaires caiga para que (…) al otro haga una colocación de tensión” (Czermak, 1998-1999) Tiene que surgir la falta para que el sujeto pueda adentrarse en el mundo social, lo cual permite que busque en otros a lo que él renunció para llegar a tener ese acercamiento. Ahora, esto relacionándolo al discurso del amo (también de Lacan), sabemos que este discurso es la ley del lenguaje, lo cual refiere que, a fin de cuentas, debemos responder no aun otro, sino Otro que exige. Ante esta tensión: cae el objeto *a*, por ello el sujeto se siente dividido (S) entre la imposición del Otro y lo que se busca en el otro pequeño. Esto anterior implica que siempre existirá un fantasma fundamental ($S \lozenge a$).

Este objeto *a* es lo que el neurótico busca y le produce el interrogarse porqué tal suceso o persona siempre están en su vida. En el psicótico no hay tal, pues toma la mayor parte desde la convicción, afirmación de tal o cual acontecer que se presenta; destinado a tener que vivir con desdicha o idolatría. Para este psicótico, el objeto *a* está con él, y no podrá deslindarse de tal; no ha perdido el objeto, por consiguiente, es un sujeto lleno y recargado. “El puro sujeto de la psicosis es también es puro objeto” (Czermak, 1998-1999). Vandermersch nos lo mencionada al poner en consideración que, en la psicosis, con respecto a la fórmula del fantasma, tanto sujeto y objeto están en una relación estrecha: el sujeto se equivale a su objeto. ¿Dónde se produce el corte? Ilustremos la defenestración, misma que implica el lanzamiento por la ventana, entonces, el sujeto se produce allí ese corte; se elimina realmente, o como sucede en otros casos de automutilación: “el sujeto se equivale al objeto como equivaliéndose al corte” (Czermak, 1998-1999).

Czermak cambia la fórmula lacaniana del fantasma, y propone la siguiente formulación: *S* <=>a<=>/, la cual se inclina hacia el modo en que opera el fantasma con el psicótico, en particular ejemplificando al melancólico, lo cual propone primero un estado de puro sujeto; luego se iguala al objeto a; y para una última instancia, llega a la irrupción del corte o división (del mundo). "(…) lo que no se produjo en el orden de la alienación legítima del lenguaje, a saber, la pérdida, la falta (…), llega a subvertir todas nuestras funciones" (Czermak, 1998-1999, p. 21) Lo que fue forcluido, devendrá en repercusiones del orden biológico desnaturalizado, verbigracia, la hipocondría, síndrome de Cotard, melancolía, e incluso el transexualismo. De ahí la importancia del falo, no en su concepción de órgano, sino de significante que pone al sujeto al tanto de su existencia, y que su carencia edificará la estructura psicótica o perversa.

2.3 La melancolía como otra presentación de las psicosis

La cuestión de la pérdida de un ser querido, desde los albores de la existencia del ser humano, ha representado una de las tantas formas de sufrimiento, pues no queda en tela de duda que el compartir e invertir tiempo con el otro, siempre genera un goce, alegría, júbilo. Una experiencia enriquecedora en la que ambas partes germinan, tanto en su forma de percibir el mundo exterior cuanto en esa introyección de estas mismas representaciones. Sin embargo, una vez que este otro desvanece, desaparece, consigo deja un socavón que parece imposible de ser reemplazado; un vacío interno que carcome al sujeto por un tiempo indefinido, ubicándolo a la intemperie de la significancia de la existencia como tal. En su punto, ese apego que una vez se mantuvo, es ahora el generador de sentimientos funestos. Freud dirá que la vida en sí es un conjunto de pérdidas –de ahí el desarrollo para su teoría del complejo de castración–.

Adentrándonos más, se hallará que este displacer emocional por el fallecimiento, el desapego, la ruptura, la pérdida tanto de un sujeto como un objeto: fue alcanzado primero por la visión filosófica, luego médica, y terminando en manos de la psiquiatría (Fuente, 1997/2015). Para esta última ciencia mencionada, el objetivo fue el comprender y clasificar cuánto le sea posible. Es así como el duelo y la melancolía, pasaron a encontrarse en la nosología psiquiátrica de los trastornos mentales: afecciones a nivel cognitivo, emocional, y comportamental. Posterior, siendo integrados a la terminología de los "Trastornos depresivos" (Psiquiatría, 2014), teniendo por cualidad común a la disforia. Aún en los manuales diagnósticos todavía no son consideradas ciertas patologías, por ejemplo: la psicosis melancólica (síndrome de Cotard).

La depresión, o *depressio* en latín, corresponde a un estado de alteración anímica constante donde se perciben los siguientes síntomas clínicamente significativos: la pérdida de interés en las actividades previamente compuestas de respuestas placenteras; pérdida de peso; insomnio o hipersomnia; agitación o letargo psicomotriz; sentimientos de culpa; pensamientos recurrentes sobre la muerte; y dificultades en la concentración. (Neme, 2017) Es un estado en que la percepción del Yo y el mundo exterior se vuelve aberrante; un hundimiento moral que le lleva al sujeto a percibirse a modo de desecho, captando que tanto su persona como su mundo le observan con desdén, odio, e inutilidad; en sí los síntomas promueven el déficit del sujeto para desenvolverse en los sistemas laboral, social, y familiar.

El duelo y la melancolía no son temas innovadores a tratar, pues para el sujeto culto le resultará muy conocido que tales tópicos se han puesto de manifiesto en miles de obras, ya sean en: poesía, relatos, escritos científicos, o en la mera filosofía. Pero para el presente trabajo, cabe inclinarnos hacia el psicoanálisis, comprendiendo que el padre de tal disciplina (S. Freud), realizó una indagación sobre cómo afecta al sujeto, y su distinción entre el duelo y la melancolía.

Previo a ahondar en su desarrollo, es prudente partir desde "Introducción al narcisismo" (Freud, Tomo XIV-Contribución a la historia del movimiento psiconalítica; Trabajos sobre metapsicología y otras obras, 1979) para comprender el ulterior desarrollo que parte desde esta misma teoría. La obra ofrece el entendimiento acerca del modo de operar que el sujeto tiene al momento de relacionarse con el mundo exterior. Pues bien, previo a: se recordará a tal relato mitológico de Narciso, quien por causa de Eco (la ninfa del bosque), cae en el engaño de observar su reflejo sobre el lago, ocasionando por consiguiente el enamoramiento de su propia imagen. Tal cual nos cuenta el mito de Ovidio, la imagen que llevó al sujeto a las garras del amor propio, es el similar acontecer en cada sujeto, no obstante, este narcisismo tiene su comienzo en los primeros años de vida, cuando la imagen materna desciende, para dar paso al poderío imaginario del intento por sentirse y observarse en completitud. Freud nos dice lo siguiente sobre el narcisismo: "aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual" (Freud, Tomo XIV-Contribución a la historia del movimiento psiconalítica; Trabajos sobre metapsicología y otras obras, 1979, p. 71). Una actitud psicológica que provoca el experimentar tal amor que se podría ofrecer a un objeto o sujeto pero que, ubicado en sí mismo, lo lleva a alcanzar un estado de placer pleno. Este narcisismo se le es otorgado a cada sujeto en cierta cantidad para su autoconservación, a lo que se lo entendería al narcisismo a modo de complemento. La crítica resuena cuando se ha alcanzado la adultez, y tal complemento es exacerbado, dificultando cualquier intento de relación con el otro.

Freud propone el narcisismo en términos de la libido, aquella energía psíquica que es descargada en objetos: a) inertes, b) animados (que compartan cualidades símiles a sus primeras figuras de amor; es decir, padre y madre), o c) en la propia persona. ¿Qué sucede cuando, en el segundo caso, la energía retorna al Yo? Si bien en primera instancia existió el esfuerzo por ubicar

esta energía sobre ese objeto de amor y afecto, su retorno demostrará el desbordamiento por aquella energía que ahora ya no encuentra otra vía o depósito para cumplir su fin. Por efecto surgirá el duelo: "la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc." (Freud, 1917/2000, p. 241); es decir, cierta cantidad de libido fue otorgada a tal objeto; pero una vez que se lo pierde, le acompaña un estado anímico lúgubre y meditabundo, pero que tiempo después podrá ser restaurado por uno nuevo y brindarle una vez más la libido. Ahora bien, encontramos un punto en que podremos discernir del duelo y el estado melancólico: esto es la "perturbación del sentimiento en sí". (Freud, 1917/2000) En el duelo, se exhorta a la renuncia de toda representación del objeto de amor perdido, sin embargo, al presentarse renuencia a tal labor, es cuando el sujeto se extraña de su realidad y busca no desapegarse de lo que aún queda en su memoria. A lo que Freud incluirá: "(…) la sombra del objeto cayó sobre el yo quien en lo sucesivo pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado" (Freud, 1917/2000, p. 246). Ocasionando aquella desazón engañosa, donde el sujeto se percibirá como ese objeto perdido; una pérdida del yo, por defecto de la identificación del yo con el objeto.

La melancolía parte del amor vehemente por el objeto (indefinido). De este amor apasionado únicamente se deduce que el sujeto, en su amor a sí mismo (objeto de elección de amor), ubicó su egolatría en otro objeto que pueda remedar la forma en que se ama. Es el comienzo del fin. El sujeto se agarra de la creencia que sus demostraciones no fueron suficientes para sostener, mantener el apego con ese objeto, sino que ha errado, y le sigue los auto-reproches, la auto-denigración, e incluso llegando a la delirante creencia (delirio de insignificancia) del auto-castigo –se cree merecedor de tal–. En su imaginario medra la idea de inutilidad, que no puede

cumplir las exigencias de los otros y la sociedad; se vuelve reacio a permitirse el libidinizar a sus demás objetos, únicamente a sí mismo.

Freud estableció a la melancolía dentro de la nosología de las "neurosis narcisistas", como también lo fueron la demencia precoz y la paranoia (por el retorno de la libido, cuando no logra ubicarse en otros objetos), pero que la melancolía destacaba por el conflicto entre las instancias yoícas y SuperYoícas. En la melancolía, el retorno de la libido, será transformada en identificación, y se le impondrá al yo como una instancia crítica y martirizadora. Un efecto contrario en la paranoia, pues el reingreso de la libido produce la inflación del yo, por ende, provocará la megalomanía. (Nogueira, 2016) En ese mismo texto de "Duelo y melancolía", Freud denominará la "identificación narcisista" por resultado de la sustitución del objeto de amor por la identificación; es decir, el acaparamiento de la libido sobre el yo, mismo que funcionará a modo de abertura que empobrecerá al sí mismo.

Lo particular con la tópica de la identificación, es que esta misma función se cumple ante la salida del complejo edípico, dando paso a la formación del SuperYó por la transformación de los lazos libidinales en identificación. Entonces, surge la siguiente cuestión: ¿El SuperyYó es una instancia propia de las afecciones narcisistas? Acerca de esto mismo, Freud llegó a mencionar sin mayor desarrollo en su texto "Neurosis y psicosis" (Freud, 1923/1924-1992), proponiendo que la melancolía es una bifurcación entre instancias del Yo y SuperYó; como también su consideración en tanto un trabajo psicoterapéutico imposible de realizarse por la nimiedad transferencial, a pesar de no ser integrada en la nosología de las psicosis (de igual complejidad transferencial), pero igualmente dejando a la tópica en las tinieblas por su carente desarrollo ulterior. (Nogueira, 2016)

Partiremos ahora desde el siguiente planteamiento: la "metáfora de amor" estudiada por Lacan basándose en los relatos en el "Banquete" de Platón, con relación al duelo. Se introduce dos

posiciones: *erastés* (amante) y *erómenos* (amado). Lacan situará esto último, en torno a la pérdida, que no es por el objeto en sí, sino el lugar que el sujeto ocupa allí en tanto semblante de objeto de amor para el otro. "Se hace el duelo, no por el objeto perdido sino por el lugar perdido; es decir, por aquél cuya falta fuimos" (Chiliutti & Miloslavich, 2014, p. 5). Bien se observó la presencia de un cambio de posición, para ello debe existir una estructura que facilite la mudanza del ser amado (objeto pleno) al ser amante (sujeto del deseo).

De esto anterior, se deduce que el trabajo del duelo puede seguir su encause, siempre y cuando el sujeto logre asumir la falta, por ende, estando en la variación del ser al no tener. De ello trata la metáfora de amor. Pero, retornando al sujeto melancólico, éste se ve ante el impase de cumplir con esta metáfora. Jorge Lobov, en su artículo "Melancolía y Metáfora de amor", articula lo siguiente: "El melancólico no sufre tanto como amante que ha perdido a su amado, sino, (…) como amado que ha caído de su condición de tal en la medida en que el otro no está ahí para sostenerla" (Lobov, 2012, p. 44). Si el duelo es el afrontar el agujero con la falta simbólica, en la melancolía no hay esto, pues la falta no tiene cabida (ausencia del complejo de castración). Ahora, esta condición de imposibilidad de pérdida, es compartida en las otras formas de psicosis, que en términos lacanianos se expresaría como la carencia del falo para enfrentar la hiancia en lo real por la pérdida del objeto, por ende, le sigue la alteración del yo por la identificación con el objeto y su empobrecimiento o "hemorragia interna" (como diría Freud).

¿Cómo aplica la tópica de la forclusión en el melancólico? Pues bien, habíamos determinado que el mecanismo de la *verwerfung* implica la aparición en lo real de aquello simbólico que fue negado y excluido; rechazado del inconsciente. En este sentido no es de asombrarse que, el *pasaje al acto* del melancólico, demuestre ese rechazo del inconsciente, pues no se visibiliza la intención de reprimir la voluntad de muerte. Colette Soler (Soler, 1991), en su

desarrollo sobre la melancolía, ubica dos fenómenos esenciales: la mortificación, y el delirio de indignidad una vez que la estructura sufre alteraciones. Este desencadenamiento en la melancolía, siempre surge por una pérdida, misma que contrae dificultades para ser precisada (pérdida filial, material, ideológica, ética o moral). Para Lacan, alrededor del fenómeno estructural psicótico, lo que desencadena es ese significante del Nombre del Padre que fue forcluido y que es llamado cuando lo real se le aparece, pero el sujeto no tiene los recursos simbólicos para responder.

> "(…) ¿cómo puede el Nombre-del-Padre ser llamado por el sujeto al único lugar de donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado? Por ninguna otra cosa sino por un padre real, no en absoluto necesariamente por el padre del sujeto, por Un-padre" (Lacan, 1958/1999, p. 559).

Este "Un-padre" es la terceridad, ese Otro con mayúscula que nunca fue inscrito y que su falta produce el desencadenamiento. Ahora, se reconoce que la melancolía, al igual que en las psicosis, hay forclusión, pero no hay este desencadenamiento por el encuentro de Un-padre, sino por la "sola pérdida": "(…) no es sino el estado de un sujeto para quien ya no opera la condición de complementariedad y que cae bajo la exclusiva acción de la negatividad del lenguaje" (Soler, 1991, p. 36). Esta negatividad del lenguaje (asesinato de la cosa; la castración) es lo que Lacan elucubraba en "filo mortal del lenguaje", la parte del leguaje que trasforma en nada y a la vez crea. Pero en la melancolía queda en la negativización que impide el sueño, produce anorexia, y hasta la petrificación. "Es un sujeto para quien la falta adopta la significación de la culpa" (Soler, 1991, p. 36).

En síntesis, para el advenimiento de la melancolía se requiere la "forclusión del falo" (complejo de castración). Si se identifica con el objeto perdido, entonces el sujeto se excluye de la representación del mundo, para así dar paso a un sujeto vaciado, muerto, que ya no logra estar en

el juego de los significantes; es ahora parte de la inmundicia. En lo relevante al fantasma ($ \$ \lozenge a $), bien se abordó en el anterior subcapítulo que, en el sujeto psicótico, tanto sujeto dividido ($ \$ $) y objeto causa del deseo (*a*) se encuentran en una estrecha relación, lo que permite ese juego de ubicarse en cualquiera de esas dos posiciones. Para el excepcional caso del melancólico, este se inclina sin dudarlo a volverse todo objeto, excluido del mundo, un mundo aparentemente limpio que ahora tiene que lidiar con un desecho. (Vandermersch, 2011)

Si bien el neurótico gira alrededor de sus objetos que le producen tensión, ¿qué sucedería si soltara a esos objetos que ponen en tensión? Sería el gran júbilo, pero en el melancólico, al estar en esa posición de objeto pleno, busca salir de allí, de esa tensión, de la única manera posible: el suicidio. "Los psicóticos (…), presentan todos en un grado u otro manifestaciones de hipocondría, es decir, que hay allí un objeto del cual el sujeto no ha podido nunca liberarse que viene a introducir en él una especie de demasiado lleno (…)" (Czermak, 1998-1999, p. 19).

Regresando al texto de Freud "Duelo y melancolía", tenemos constancia de esta identificación del sujeto con el objeto perdido. El melancólico no sufre tanto por lo perdido, sino el perderse a sí mismo como objeto de amor para el otro; es decir, "como una elección narcisista de objeto que frente a la pérdida lleva a una regresión del narcisismo" (Lobov, 2012, p. 44). Pero, si bien Freud planteó que la sombra del objeto perdido, caía sobre el Yo, Czermak aclarará que "no es la sombra la que cae sobre el yo, puesto que en la melancolía (…) ya no hay yo (moi)" (Czermak, 1998-1999, p. 20). Sin el yo, lo que queda para hacerse hablar allí es el objeto. Entonces, regresando a la cuestión del fantasma en el psicótico, se ve que el sujeto al no haber perdido su objeto, no está divido, es un puro sujeto que al mismo tiempo se equivale a su objeto. Por lo tanto, el melancólico entra en el delirio de indignidad por esta forclusión del falo. La pérdida no aceptaba retorna de lo real, cuando el melancólico experimenta la pérdida fundamental de un objeto de

identificación narcisista, le produce la alucinación de que él se perdió, se volvió sombra de la muerte. Por ende, para alcanzar la división, devela que a través del acto de la defenestración o la automutilación podría ofrecerse ese corte (Czermak, 1998-1999).

¿Qué sucede dentro de la lógica edípica? La metáfora paterna trabaja para ubicar al sujeto a merced de la significación fálica; es decir, que no quede de por vida bajo el umbral de la mortificación, sino, el Nombre-del-Padre opera allí en el lugar del Otro para brindarle la posición inconsciente y la identificación con el falo, mismo que le brindará la vitalidad, ser sujeto en pérdida que busca lo que podría llenarlo o tener un fragmento de ello. Esto anterior no sucede en la melancolía, pues el sujeto queda enredado en la mortificación del lenguaje, limitado para evocar a la vida. Carente de la función fálica, embota al sujeto de la melancolía en el retorno de lo real de la mortificación y delirio que se evidencia por la pura pérdida que provoca el lenguaje, alcanzando la falta de la queja y de la demanda (Nogueira, 2016).

2.4 Del escrito al acto autolítico

Para este apartado convendría dar lumbre a partir de la filosofía y la literatura: dos ciencias que demuestran la capacidad reflexiva que el sujeto logra obtener a partir de sus interrogativas fundamentales: "¿Quién soy?; ¿qué hago en este mundo?; ¿cómo debo continuar la vida si esta es un sinsentido?" Es evidente que esto llama al existencialismo y el pesimismo para determinar la finalidad que el sujeto tiene dentro del mundo, y si carece de fundamentos, por qué permitirse continuar con una vida que implica constante sufrimiento.

Si hay vida hay muerte, y viceversa. Nacimiento y muerte se sostienen en la balanza; uno depende del otro. Ambos son los fenómenos de la vida en sí misma. Ahora el amor viene a ser la compensación de la muerte, aquello que suprime al Tánatos. Por esto último, las antiguas

civilizaciones griega, romana, y egipcia adornaban los sarcófagos, junto a fiestas veladas por la cacería, danzas, o bacanales que, al contrario de provocar desasosiego, brindaba alegría, animosidad; ideas de una vida de lo más voluptuosa y festiva. "Su objeto era evidentemente llamar la atención al espíritu de la manera más sensible, por el contraste entre la muerte del hombre, quien se llora encerrado en la tumba, y la vida inmortal de la Naturaleza" (Schopenhauer, El amor, las mujeres, y la muerte, 1788/1860, p. 65).

El dolor existencial hace cogitar lo mencionado por Soler: "(…) no es patrimonio del sujeto melancólico, pues este dolor reside en el hablanteser" (Soler, 1991, p. 37). O sea, el sufrimiento por la existencia individual, no es única del sujeto etiquetado bajo un trastorno hipotímico, sino cada uno es propenso a exponer su hastío y tedio por una vida monótona, insensible, e indiferente. A esto Schopenhauer, con determinismo, comenta sobre la posibilidad del problema con la inmortalidad:

> "Si le concediesen al hombre una vida eterna, la rigidez inmutable de su carácter y los estrechos límites de su inteligencia le parecerían a la larga tan monótonos y le inspirarían un disgusto tan grande, que para verse libre de ellos, concluiría por preferir la nada" (Schopenhauer, El amor, las mujeres, y la muerte, 1788/1860, p. 66).

Tratemos ahora sobre la voluntad de vida y la voluntad muerte, o lo que Freud, en su teoría sobre el inconsciente y el más allá del principio de placer, pensó en términos de la pulsión (inconsciente), una pulsión que pugna y pone al ser en el juego su autoconservación; representante psíquico de una fuente continua de excitación proveniente de lo más recóndito del organismo.

La voluntad en sí es aquello que impulsa a realizar determinadas acciones con conciencia en tanto para colmar una necesidad cuanto para gozar de lo superfluo para la existencia. En el ser humano rigen dos voluntades fundamentales, a partir de las cuales constituirán la forma de percibir

la vida. La voluntad de vida impugna al humano a continuar viviendo a pesar de la miseria de su entorno, mientras que, la voluntad de muerte, clama por cumplir lo predestinado de cada individuo, es decir, volverse la nada; "es la conciencia de la vida como medio para alcanzar la liberación a través de la muerte" (Baquedano, 2007). ¿Qué sucede con la voluntad del suicida? En el libro "El mundo como voluntad y representación", Schopenhauer lucubra lo siguiente:

> (…) el suicidio es un fenómeno de la más fuerte afirmación de la voluntad. (…) El suicida quiere la vida y sólo se halla descontento de las condiciones en las cuales se encuentra. Por eso, al destruir el fenómeno individual, no renuncia en modo alguno a la voluntad de vivir, sino tan sólo a la vida. Él quiere la vida, quiere una existencia y una afirmación sin trabas del cuerpo, pero el entrelazamiento de las circunstancias no se lo permite y ello le origina un enorme sufrimiento (Schopenhauer, 1819/2013, p. 541).

Es considerable la proposición de que el suicidio no es el "ya no querer vivir", sino un fenómeno de afirmación a una vida sin sufrimientos. En otras palabras, disfrutar de la vida, pero ante las limitaciones y reveses, se prefiere darle un fin. Ahora bien, el acto autolítico implica negar la voluntad de vida, una voluntad adherida a la especie (voluntad de la especie) como tal, por lo tanto, el suicidio viene a resultar en una acción inútil y egoísta (voluntad del individuo); o sea, es el ya no perpetuar la existencia de ser humano, ante la continua agonía del dolor interminable. Pero, lo contradictorio es que la voluntad de vida permanece, pues si este humano ha decidido volverse la nada, le queda lo fragmentario de permitir la vida para otros; hacerles tomar consciencia de la finalidad de la vida. A esto último se evoca la *erlösung* o redención, con esto el filósofo Philipp Mainländer (Mainländer, 1876/2011) expone la finalidad del todo, si bien existió un ente divino saturado de su propio ser, quien decide, de modo autodestructivo y fortuito, volverse el "no-ser", dando así paso al devenir de su extenuación fragmentaria. "Se desprende una cosmovisión

que concibe la historia universal como la oscura agonía de los fragmentos que correspondieron a un Dios y que apela (…) a la destrucción del mundo y del yo para acelerar el proceso de destrucción" (Baquedano, 2007, p. 123). Mainländer advierte de su ontología que, la no existencia es mejor que la existencia, conocimiento que le abre al hombre la puerta a negar perpetuarse y tender a su autodestrucción, para así cumplir con la redención, la liberación.

El pesismismo schopenhaueriano y mainländeriano no conduce a la autodestrucción, sino a la autonegación, esto último por medio de la conciencia de las luchas internas y externas, donde queda el negar reproducir el fenómeno del adolecer de la vida; negar la voluntad de vivir porque de ella se muestra excedente la inconcebible y doloroso, pero no destruir su fenómeno que promulga el desarrollo de otras formas de vida. (Baquedano, 2007)

Retornando al psicoanálisis, habíamos establecido que el pasaje al acto es la representación del sujeto que se expulsa, se corta del mundo para así alcanzar el sosiego de ya no ser objeto perdido que vive en miseria. La esquela que le precede, siempre engloba sus más diversas penas idealizadas por la subjetividad o la objetividad:

Objetividad: Sabemos que el filósofo alemán Mainländer, en víspera al lanzamiento de su obra "Filosofía de la redención", se para sobre algunos borradores, bien sostenido por una soga que rodeaba su cuello, para luego dejarse caer, dando así fin a lo que fue. Con esta escena y su postulado teórico, reconocemos que su ardua investigación no fue más que la preparación para aceptar liberarse de la condición de objeto bajo su premisa poética de la teoría catastrofista, por ello, vemos cómo este sujeto melancólico entrevé la posibilidad de objetivizar su realidad, sin embargo, a modo simbólico, concluir su libro, era a la vez llegar al epílogo de su propia existencia, para así hacer *praxis* de sus ideales.

Subjetividad: Con el melodrama de “Las penas del joven Werther” de Goethe (aunque sea un relato por creación imaginaria del autor vinculada a la realidad), tenemos al protagonista principal que es Werther, un personaje cuya vida se resumía al trabajo y la soledad de su hogar, a pesar de mantener contacto con amistades de otros sitios.

Todo transcurre con serenidad en la vida de este joven apasionado por todo lo que la vida y naturaleza podrían ofrecerle a sus sentidos, hasta la aparición de una joven hermosa llamada Carlota. Toda su vida se vuelca, su pretendida soledad queda en pausa para permitirse el acercamiento con esta joven, misma que tiene todo lo que desea para con quien compartir una vida; la idealiza, ella es quien tiene lo es y lo que gustaría llegar a tener, por lo que no tiene ojos para otras mujeres. De pronto, se entera que Carlota ya ha sido esposada nada menos que por una amistad. De poco en poco, Werther se ve abatido por el interminable sufrimiento de observar a quien tanto ama en manos de otro hombre. Cada que puede interactuar con ella, aparece en escena el individuo en cuestión, produciendo en Werther incomodidad.

> El aire fresco y puro de la mañana hizo poca impresión en su ánimo. Un peso oprimía su pecho; su espíritu se hallaba atormentado por las más tristes imágenes, y el movimiento de sus ideas le hacía vagar entre crueles reflexiones (Goethe, 1774/2009, p. 135).

Todo parece colapsar aún más cuando en casa de Carlota, mientras Werther, meditabundo y resguardando sus arrebatos, la escucha tocar tan melodiosa sonata en el piano. Al bajar su mirada y en su fortuita acción, observa un anillo de compromiso; no puede soportar más tal tempestad, ya una vez se distanció para eludir el sufrimiento por no tenerla, pero nunca pudo arrancar aquel pensamiento que se había enraizado en lo profundo de su alma.

> Todo lo que había sufrido hasta entonces en el transcurso de su vida (…), sus disgustos en la embajada, sus proyectos frustrados, todo, en fin, lo que le había herido o contrariado acudía en tropel a su memoria y le agitaba terriblemente (Goethe, 1774/2009, p. 140).

Werther se encontraba parado en el filo del abismo. Parecía que no todo estaba perdido, existía una luz, el conocimiento que Carlota albergaba un sentir recíproco. Pero como siempre, la tragedia aparece cuando la felicidad parece trastocarse. Werther en su tiempo libre, había conocido a un joven cuya vehemencia e inocencia le parecían a su persona, por ende, se encariño y de vez en cuando le ofrecía su consejo. Pero sucede lo inimaginable: el padre de Carlota cae enfermo, y al llegar al domicilio, uno de los hermanos de Carlota comenta acerca de una gresca con un muerto de por medio. Irónicamente, aquel joven apreciado por Werther, había sido el culpable, pues aceptó ser el criado de una viuda, de la que se encariñó y amó; el amor apasionado motivo al muchacho a la tentativa de homicidio. Werther conocía el caso, y no quería dejar desamparado al joven, por lo que a la inmediatez se dirigió al padre de Carlota (quien era administrador de la ciudad) para que el mismo se haga de la vista gorda frente al caso, no obstante, este respondió con gestos débiles la negativa ante la petición que le imploraba. "—No, no; nada puede salvarle" le reitera. Tales fueron las palabras que Werther quedó impávido; el joven representaba su imagen, el cual tampoco tenía salvación alguna. De aquí en adelante, para Werther todo pierde perspectiva en un laberinto sin salida, agotando sus fuerzas y debilitándose.

> Querido Guillermo: Me encuentro en un estado que debe parecerse al de los desgraciados que antiguamente se creían poseídos del espíritu maligno. No es el pesar; no es tampoco un deseo ardiente, sino una rabia sorda y sin nombre que me desgarra el pecho, me anuda la garganta y me sofoca. Sufro, quisiera huir de mí

> mismo, y paso las noches vagando por lo parajes desiertos y sombríos en que abunda esta estación enemiga (Goethe, 1774/2009, p. 141).

Sólo bastó de un último encuentro para que Werther determinara la única salida para el inagotable sufrimiento. Luego de una escena con Carlota, cargada de lágrimas, respiración, y un sentir tembloroso, Werther supo por fin que su amada pudo haberla correspondido, por cuitas de la vida, ya no era posible tal cumplimiento. La planificación no le tomo más que una sola noche. Dedicó sus últimas horas a escribir la que sería su esquela definitiva. Allí pedía perdón a sus seres queridos por tomar aquella decisión, pero que los esperaba con regocijo en el más allá; se disculpó con el esposo de su amada (Alberto), mencionando el haber pagado mal a su amistad y demás faltas que ocasionó, pero que su muerte hará subsanar tales; por último, se dirigió con estas últimas palabras a Carlota:

> ¡Ángel del cielo, tú favoreces mi resolución! Tú, Carlota, tú eres quien me presentas este arma destructora; así recibiré la muerte de quien yo quería recibirla. ¡Me he enterado por el criado de los menores detalles! Temblabas al entregarle estas armas…, pero ni un "adiós" me envías. ¡Ay de mí!, ni un "adiós". ¿Acaso el odio me ha cerrado tu corazón por aquel instante de embriaguez que me unió a ti para siempre? ¡Ah, Carlota!, el transcurso de los siglos no borrará aquella impresión; y tú, estoy seguro de ello, no podrás aborrecer nunca a quien tanto te idolatra (Goethe, 1774/2009, p. 169).

Resulta falaz considerar que el suicida sólo se remite a lo subjetivo para proporcionarse mayor motivación para su posterior aniquilación. En su contraparte, busca una razón lógica, aceptable, y menos vergonzosa para terminar su vida. Pero es importante entrever la especificidad de ambos casos (subjetivo-objetivo), dando muestras de esta imposibilidad de libidinizar a otros

objetos más que al sujeto en sí, y es a través del escrito donde de poco en poco se enquista más el ideal; ya no hay una más allá trascendental, sino un más allá hacía sí mismo; la inmanencia de que en la nada será sujeto de la felicidad deseada y no del olvido de su gran dolor.

CAPÍTULO III: ¿LA LETRA CUMPLE SU FUNCIÓN DENTRO DE LA MELANCOLÍA?

La letra viene a ser aquel puro significante que va más allá, tal cual se lo puede extraer del relato de "La carta robada". Existe la carta cuyo mensaje es de alguien para un destinatario, no se sabe quién, pero insiste en hacerse conocer y ser leído. Si bien los significantes movilizan consigo al mensaje por su capacidad de aludir a otros significantes, el inconveniente surge de que el mensaje es caduco, una vez llega al destinatario ha perdido su efecto de significación.

Entiéndase a la letra como un medio para llegar al significante; un objeto que no únicamente pretender entregar los mensajes, sino dar cuenta del Otro y la verdad del sujeto. Su destino es ser leída, y no se limitará en tal insistencia. "La letra es una instancia que subsiste más allá del mensaje significante que llega al destinatario" (Gerber, 1996, p. 18). No es posible leerla

si se remite a la estructura significante, a lo simbólico, por lo que es imperativo vislumbrar el real que la carta deja ver.

En el seminario 23: El *sinthome*, Lacan nos hace retornar a la cuestión de la letra a través de su análisis del literato James Joyce y su obra "Retrato del artista adolescente". En la misma obra Lacan dirá: "La palabra, claro está, se define por ser el único lugar donde el ser tenga un sentido. El sentido del ser es presidir el tener, cosa que excluye el farfulleo epistémico" (Lacan, 1975/2006, p. 70). Pues bien, puede acontecer que, en la letra, la palabra no esté anudada al sujeto sino al ser, lo cual implica la cuestión enigmática y existencial; más de la verdad que de un saber preconcebido.

Sabemos que el síntoma se alcanza en la unión de lo imaginario con el saber inconsciente, dado por el trabajo en análisis. A la vez, "(…) hacemos al mismo tiempo otro, precisamente entre lo que es simbólico y lo real" (Lacan, 1975/2006, p. 70). El empalme entre síntoma y lo real, es lo que se caracteriza en volver posible el goce, que implica no un goce sin culpa, sino un sentido que se oye y ya no es olvidado, desviado, o desestimado. Para cumplir con esto último es necesario saber cuál es el nudo y, una vez establecido, unirlo bien. Con el caso de Joyce, este no sabía valerse de aquel goce fálico para hacerse de un sentido, no obstante, en su arte literario encontró un artificio fálico.

La letra le resulta útil, allí donde el empalme falla por la falta del padre. Es este artificio lo que habla en Joyce de la "incidencia de goce que tiene el significante sobre el cuerpo" (Gallo, 2012, p. 152) y a lo que Lacan dará el nombre de *sinthome*; es decir, aquello que irrumpe en la psique, causa malestar, y no encuentra otra vía de expresión, viene a ser exteriorizado por medio del cuerpo.

La relación de Joyce con la letra, no trata netamente de adoptar el semblante de saber, sino de un saber hacer. A esto se refería Lacan con el lugar del ser: uno de falta, enigmático, y endeble. Este saber hacer de Joyce en la escritura es la "(…) perturbación de la articulación, pero que de todas maneras implica una constancia que lo mantiene vivo como escritor" (Gallo, 2012, p. 153). Joyce ante la falta en lo simbólico, fue capaz de inventar una lengua sin el atravesamiento del Nombre-del-Padre, para hacerse a un nombre que dé sentido a su ser, pese a la empedernida búsqueda de tal.

Tal cual aconteció con Joyce, la letra pretender sostener, aunque se carezca de la metáfora paterna, para mostrar lo que hay detrás del telón de la escena en que vive el sujeto, pero a través de la desarticulación del significante, significante que debe ser sometido al cuestionamiento, impulsando al engranaje atascado, y permitir al sujeto leer otras perspectivas que interroguen su existencia. No obstante, quede impreso que la letra no es tesoro que se lo busca, pues tal cual el relato de Edgar A. Poe, ninguno de los policías lograba dar con su paradero, buscando hasta en lo más recóndito. Siempre está ante los ojos, es cuestión de saber leerla. "La letra está siempre presente en el discurso del sujeto, pulsando por ser leída pero no se puede caer en cuenta de su presencia, sino cuando esta se pone en juego" (Ramirez, 2007, p. 34).

¿La Letra es capaz de ser la viga de soporte para el psicótico melancólico? El sujeto melancólico se encuentra fijo en la estructura psicótica que le impide y lo abate en su posibilidad de relacionarse con otros, se siente expulsado; le vienen impulsos de afuera que comprometen su integridad pues piensa que lo denigran sin tener una razón fija, y que le generan terrible dolor, por ende, busca olvidarlo. Distorsionan su realidad, para edificar una nueva conciliable y menos angustiante, donde pueda ser pleno protagonista salvador del mundo o de sí mismos. La institución psiquiátrica ingresa para remediar el padecimiento del psicótico, ya sea a través de fármacos,

T.E.C, o el silencio. Pero no hacen más que silenciar a sus síntomas. Hay que partir del retorno al registro simbólico, mismo que se perdió, y sólo se encuentra en el confuso imaginario y real desbordado. La escritura viene ubicarse como aquella acción de retorno a lo simbólico, y que, a partir de allí junto al trabajo con el analista, se puede el escrito con detenimiento.

Mientras el delirio esté arraigado, la posibilidad de simbolizar es remota, pero no imposible. La escritura y su producto, el escrito, busca ser leído e interpretado, para extraer lo que se repite, lo que se encuentra en el ciclo sin fin. Con base en la *praxis* dentro de la institución psiquiátrica, con particular cercanía a sujetos melancólicos, el escribir les daba la posibilidad de quitarse el nudo en la garganta; dialogar sobre cada pensamiento y sentimiento plasmado sobre la hoja, les ofrecía el poder cambiar sus sentidos de acuerdo a su delirio de denigración, habilitando a la vez el encuentro con aquel dolor y miedo.

> (…) un hombre que para encontrar respuestas está dispuesto a pagar con su propia persona, con su salud no sólo física, sino también mental. Consciente de la magia del lenguaje busca alivio a su angustia y desesperación tratando de adueñarse de ellas definiéndolas (Kierkegaard, 1843/2001).

Si al escrito se le ofrece el transferir de la agonía interna, entonces este se volverá un fragmento más del sujeto. En vez de permitirle libre vía para encontrarse con su dolor primordial, no hace más que sumirlo en su delirio, reafirmando que su condición se debe a tales fantasías. Esto le dicta acabar bajo la sombra de la creencia: al presidente Schreber le permite sostenerse en la escritura a modo de bastón por el efecto de goce, pero al no poder ser leído por otro, hizo afianzar la certeza de recibir mensajes de un dios castigador; Mainländer, bajo la premisa ontológica que el fin del individuo estaba predispuesto por un dios que negó su existencia, y su muerte contrajo la vida, pero esta nueva vida también seguiría los pasos de su padre, es decir, la muerte; Werther,

en su vehemencia, no logró traslucir que cada esquela lo abatía más, sus esfuerzos lo debilitaban, al punto de perderse, y ubicar que su muerte no solo le daría paz a sí mismo, sino a los demás a quienes creyó haber provocado gran daño. El escrito posibilita el retorno del ser para acordarle su lugar en la realidad efectiva, permitirle una de tantas puertas de salido ante los escollos que representa el sujeto para sí mismo, cuando es dirigida a otro capaz de escuchar y leer lo que está entrelíneas.

La experiencia nos lo muestra, cuando el Otro trata de abolir al sujeto psicótico, el escrito y el analista pueden socorrerlo. Se sigue el alivio, pero el dolor será interminable, pues no se puede forzar el regreso de aquello que fue expulsado.

> Acordarle un lugar al psicótico contempla, crear un lugar de palabra, proponerle (…) el pertenecer a ese espacio, pero sobre todo contempla el creer que la palabra del psicótico puede tener algo más que lo que se escucha la primera vez (Ramirez, 2007, p. 61).

Me permito declarar que la melancolía es de las más profusas de todas las psicosis, puesto que el sujeto progresivamente se disminuye para luego negar su existencia. Meramente ya no es en el mundo externo ni en el interno. Cualquier intento autolítico le brindará la sensación de que, siendo objeto de desecho, en lo poco, sentirá algo de sí, o podrá llegar a ser en la muerte. En la economía de la psique, resulta menos desgastante hundirse en el dolor y llegar al suicidio, que tomar mayor esfuerzo por distorsionar la realidad.

CONCLUSIONES

1. El abordaje de la melancolía siendo otro tipo de psicosis no ha tenido su desarrollo particular dentro del psicoanálisis, e inclusive la psiquiatría no puede más valerse de la farmacología con la finalidad de estabilizar los niveles de serotonina; todavía permanece como en un enigma a resolver, pues si el sujeto teniendo todo lo material y apoyo externo ¿por qué llegar al siendo que tal condición lleva al acto autolítico y cuya incidencia es una de las segundas causas de mortalidad al nivel mundial?
2. El saber filosófico pone en reflexión la negación de vivir, permitiendo una visión ontológica para que cualquier sujeto se permita determinar: vivir para otros, vivir para sí mismo, o negar una vida que, si bien puede ofrecer millar de bellezas en su naturaleza, sólo hace entrever su sin-sentido.
3. El psicoanálisis permitió la indagación profunda de las psicosis, postulado por completo distinto a otros saberes de la psicología y la medicina. Esto permitió pensarla en un déficit

producto del lenguaje, o no directamente neurológico, pero que el escuchar sus síntomas permite un trabajo progresivo, cuyos resultados se verán a largo plazo.

4. El trabajo con el melancólico representa cierta dificultad, dificultad transferencial que lo hace verse inmerso sobre sí mismo; se revuelca en su peste, y su sentir lo abnega de vivir.
5. Le Letra le permite al sujete dejar salir por una rendija, aquel dolor acumulado y reorganizado en su delirio. Le exige implicarse en su discurso, interrogarlo, para posteriormente crear un nuevo sentido.
6. El escrito representa una herramienta esencial al momento de trabajar con psicóticos, junto a la palabra que busca hacerse escuchar con sus síntomas. Al contrario de la insistente tendencia de la psiquiatría con la medicación para la inmediatez en silenciar esos sentires.
7. El psicótico se detiene en la creencia que lo externo e interno van en contra de él. La escritura le permite explorar sus certezas, por consiguiente, interrogando, y dejando de lado la idea de amenaza.
8. La escritura sostiene y estabiliza ante la posibilidad de un otro que permita interpretar y escuchar su malestar, sin silenciarlo.
9. La forclusión de la metáfora paterna, es lo que mantiene fijado al psicótico en un punto de su vida. En el melancólico la forclusión se hace de la falta, se expulsa la idea de haber perdido un fragmento del cuerpo, o el dolor de perder algo a cambio del goce. Por tal razón, en la melancolía hay un sujeto puesto a sí mismo como objeto elección de amor, que busca su viva imagen, pero cuando más apasionado resulta su apego, mayor será la pérdida y su posterior vacío. Tratará de dirigirse al Otro, para solo obtener del mismo ignominia y deshonra, tal cual objeto desechado al abandono.

10. La transferencia en esencia se la hace sobre el escrito, lo cual es el gran paso por parte del psicótico, quien había encarcelado sus afectos en su propio cuerpo.
11. La melancolía no surge únicamente por la pérdida del otro, sino puede medrar por varios orígenes y momentos de eclosión. Es por ello que, al escuchar al melancólico, resulta en una ardua labor identificar lo que lleve al mismo a un duelo interminable.
12. Pienso en la cuestión masoquista dentro de la melancolía, pues el dolor le permite gozar, apercibir su existencia, sin embargo, el masoquista busca al otro (sadista) para que lo castigue, mientras el melancólico se otorga el acto punitivo; en ambos casos se perciben a modo de objetos, pero el melancólico se ve como el objeto caído del mundo, pues para él su goce está en terminar su existencia de una vez por todas.

BIBLIOGRAFÍA

Baquedano, S. (2007). ¿Voluntad de vivir o voluntad de morir? *Revista de Filosofía, Volumen 63*, 117-126.

Baquero, R. V. (1974). *Saussure y Chomsky: introducción a su lingüística.* Madrid, España: Cincel-Kapelusz.

Barca, P. C. (1635). *La vida es un sueño.* Madrid: Ediciones escolares, S.L.

Barthes, R. (1989). *El placer del texto.* Bogotá, Colombia: Siglo Veintiuno Editores.

Betancourt, A. (2008). El suicidio en el Ecuador: Un fenómeno en ascenso. *Ciudad Segura 26-Flacso Ecuador*, 4-9.

Bleuler, E. (1960). *Demencia precoz. El grupo de las esquizofrenias.* Buenos Aires: Hormé.

Bleuler, E. (1973). *Lo fisiogénico y lo psicogénico en la esquizofrenia.* México: Interamericana.

Capo, J. C. (2006). Subjetividad: delirio y escritura (Memorias de un enfermo de nervioso). *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 188-207.

Chiliutti, J. A., & Miloslavich, M. (2014). El dolor de existir. Una manera de estar en el mundo. *Psicopatología Cátedra II* (págs. 1-8). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Czermak, M. (1998-1999). Algunas vías fundamentales de las psicosis: Investigaciones actuales sobre las psicosis. *Les cahlers de l'Ecole psychanalytique de Bretagne*, (págs. 18-27). Bretaña.

Dor, J. (1985/2013). *Introducción a la lectura de Lacan: El inconsciente estrucuturado como lenguaje.* Barcelona: Gedisa, S.A.

Freud, S. (1894/1991). *Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y rpresentaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias).* Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

Freud, S. (1910-1911/1991). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrita autobiográficamente.* Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

Freud, S. (1914/1991). *Recordar repetir, y reelaborar-Nuevos consejos sobre la técnica de psicoanálisis II/Tomo XII.* Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1914/1992). *Introducción del narcisismo.* Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

Freud, S. (1917/2000). *Duelo y melancolía.* Buenos Aires: Amorrortu ediciones.

Freud, S. (1923/1924-1992). *Neurosis y Psicosis.* Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

Freud, S. (1923/1992). *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad).* Buenos Aires-Argentina: Amorrortu editores S. A.

Freud, S. (1924/1992). *La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis.* Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

Freud, S. (1938-1940/1991). *La escisión del yo en el proceso defensivo.* Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

Freud, S. (1939/1991). *Moisés y la religión monoteísta.* Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

Freud, S. (1979). *Tomo XIV-Contribución a la historia del movimiento psiconalítica; Trabajos sobre metapsicología y otras obras.* Buenos Aires-Argentina: Amorrortu editores.

Fuente, R. d. (1997/2015). *La patología mental y su terapeútica II.* México: Fondo de Cultura Económica.

Galende, E. (2003). De las psicosis paranoicas: Lacan y la nosografía. *Intercambios/nvis*, 25-39.

Gallo, H. (2012). La Letra-Sinthome o el sentido del ser en Joyce. *Desde el Jardín de Freud Nº12*, 149-154.

García, T. A. (2013). Reflexiones sobre La carta robada: Lacan, Derrida, y Zizek. *Eikasia*, 1-10.

Gerber, D. (1996). *Del significante a la letra: un destino de escritura.* Madrid: Círculo de lectores.

Goethe, J. W. (1774/2009). *Las penas del joven Werther.* España: Mestas.

Ibarra, H. S. (2012). *La esquizofrenia de Kraepelin al DSM-V.* Santiago de Chile: Mediterráneo.

Kahlbaum, K. (1987). *La catatonie ou folie tonique.* Paris: L´Evolution Psychiatrique.

Kierkegaard, S. (1843/2001). *Temor y Temblor.* Madrid: TECNOS (GRUPO ANAYA, S.A.).

Kraepelin, E. (1971). *Dementia praecox and paraphrenia.* New York: Robert E. Krieger Publishing Co. Inc.

Lacan, J. (1955-1956/2009). *Seminario 3: Las Psicosis.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1956-1957/2008). *Seminario 4: La relación de objeto.* Buenos AIres: Paidós.

Lacan, J. (1957-1958/2010). *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958/1999). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En Escritos 2.* México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1966/1971). *Escritos I.* Buenos Aires-Argentina: Siglo XXI Editores Argentina S.A.

Lacan, J. (1971/2003). *Escritos I y II.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina S.A.

Lacan, J. (1971/2009). *Seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1975/2006). *Seminario 23: El sinthome.* Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J., & Miller, J.-A. (1957-1958;1999). *Las formaciones del inconsciente.* Barcelona: Editorial Paidós .

Lobov, J. G. (2012). Melancolía y metáfora de amor. *Conjetural Nº57*, 41-46.

Mainländer, P. (1876/2011). *Filosofía de la Redención.* Santiago: Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Neme, D. G. (2017). *Depresión en el siglo XX: concepción y tratamientos.* Bogotá: Universidad del Rosario.

Nogueira, V. D. (2016). Acerca de la melancolía en Freud. *VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*, 557-560.

Poe, E. A. (1844/1998). *La Carta Robada.* Madrid-España: Alianza Editorial.

Psiquiatría, A. A. (2014). *Manual de diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales-V (DSM-V).* España: Editorial Médica Panamericana.

Ramirez, G. (2007). *La función estabilizadora de la letra.* Quito-Ecuador.

Ramírez, G. (2011). El procedimiento de Louis Wolfson: una introducción hacia la función de la letra en la psicosis. *NODVS*, 1-5.

Saussure, F. d. (1917/1945). *Curso de lingüística general.* Buenos Aires: Editorial Losada, S.A.

Schereber, D. P. (1902/1999). *Memorias de un enfermo de nervios.* Buenos Aires: LIBROS PERFIL S.A.

Schopenhauer, A. (1788/1860). *El amor, las mujeres, y la muerte.* México D. F. : El Libro Español.

Schopenhauer, A. (1819/2013). *El mundo como voluntad y representación I.* Madrid: Editorial Trotta, S.A.

Soler, C. (1991). *Estudios sobre la Psicosis.* Argentina: Manantial.

Szpilka, J. (1983). La psicosis, de Freud a Lacan. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 35-52.

Unicef. (2017). *Suicidio.* Argentina: Red Argentina de Periodismo Científico.

Vandermersch, B. (2011). Lógicas de la psicosis. (págs. 660-678). Quito: Rayuela.

Victoria, J. H., & Ampuero, A. P. (2018). Síndrome de Cotard, catatonía y depresión: reporte de un caso. *Revista Neuropsiquiatría*, 135-140.

Wolfson, L. (1970). *Le Schizo et les langues.* París: Gallimard.